

Audiolibro Una P Gina De Amor Mile
Zola Primera Parte

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Mercedes Baxter** (*North Decatur*) - - - - PRIMERA PARTE. Capítulo Primero. La lamparilla, en su cuernacilla azulada, ardía sobre la chimenea, tras un libro cuya sombra oscurecía la mitad de la habitación. Daba una claridad tranquila que recortaba el velador y el canapé, perfilaba los amplios pliegues de los cortinones de terciopelo y azuleaba el espejo del armario de palisandro colocado entre las dos ventanas. La armonía burguesa de la pieza, el azul del tapizado de los muebles y de la alfombra, a esta hora nocturna, adquirían una indecisa suavidad de nube. Frente a las ventanas, en la parte en sombra, la cama, igualmente cubierta de terciopelo, formaba una masa negra, iluminada solamente por la palidez de las sábanas. Elena, con las manos cruzadas, respiraba suavemente en una actitud tranquila de madre y de viuda. En medio del silencio, el reloj dio la una. Los rumores del barrio habían muerto. Hasta estas alturas del Trocadero, París enviaba tan sólo su lejano ronquido. La leve respiración de Elena era tan suave, que no llegaba a agitar la línea casta de su pecho. Dormitaba en un sueño delicioso, tranquilo y firme, con su perfil correcto, sus cabellos castaños firmemente anudados, la cabeza inclinada, como si se hubiese dormido mientras estaba escuchando. Al fondo de la habitación, la puerta de un gabinete, abierta de par en par, agujereaba la pared con su cuadro en tinieblas. No subía el menor ruido. Dio la media. El sueño que embargaba y anonadaba la habitación entera hacía más débil el latido del péndulo. La lamparilla dormía, los muebles dormían; encima del velador, junto a una lámpara apagada, dormía una labor femenina. Elena, dormida, conservaba su grave gesto de bondad. Cuando dieron las dos, esta paz se turbó; de las tinieblas del gabinete salió un suspiro. Luego hubo un arrugar de ropas y volvió el silencio. Pero ahora se percibía una respiración oprimida. Elena no se movía. Mas de repente se incorporó. Un balbuceo confuso de niño que sufre acabó de despertarla. Se llevó las manos a las sienes, todavía adormilada, cuando un grito apagado la hizo saltar sobre la alfombra. — ¡Juana!... ¡Juana!... ¿Qué te pasa? ¡Contesta! —ordenó. Y, como la chiquilla se callara, murmuró, mientras corría para coger la lamparilla: — ¡Dios mío!, no se sentía bien; no debí acostarme. Entró precipitadamente en la pieza vecina, donde reinaba un pesado silencio. La mariposa, anegada en aceite, daba una claridad temblorosa que sólo reflejaba en el techo una mancha redonda. De momento Elena, inclinada sobre la camita de hierro, nada pudo distinguir. Luego, en la azulada claridad, en medio de las sábanas rechazadas, vio a Juana rígida, con la cabeza traspuesta, los músculos del cuello firmes y tensos. Una contracción desfiguraba el pobre y adorable rostro, cuyos ojos abiertos estaban fijos en el remate de las cortinas. — ¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío, se está muriendo! Y, dejando la lamparilla, palpó a su hija con manos temblorosas. No logró encontrar el pulso. El corazón parecía detenerse. Los bracitos y las piernecillas se tensaban violentamente. Entonces, aterrorizada, se sintió enloquecer y balbuceó: — ¡Mi niña se muere! ¡Socorro!... ¡Mi niña! ¡Mi niña! Regresó a su dormitorio dando vueltas, tropezando, sin saber hacia dónde iba; luego volvió al gabinete y se lanzó de nuevo hacia el lecho sin dejar de pedir socorro. Había cogido a Juana en sus brazos y le besaba los cabellos, recorriendo con las manos todo el cuerpo suplicándole que contestara. Una palabra, tan sólo una palabra. ¿Dónde le dolía? ¿Quería un poco de la medicina del otro día? Tal vez el aire la reanimaría... Y se empeñaba en querer oírla hablar. — ¡Dime, Juana, dime! ¡Por favor! ¡Dios mío!, sin saber qué hacer; así, de repente, en medio de la noche. Ni siquiera una luz. Sus ideas se barajaban; seguía hablando a su hija, preguntando y respondiendo por ella. Sería algo del estómago o de la garganta; no sería nada; debía calmarse. Hacía un gran esfuerzo para conservar la serenidad; pero la impresión que le causaba su hija, rígida entre sus brazos, le revolvió las entrañas. La veía convulsa y sin aliento; intentaba razonar, resistir al impulso de gritar; pero de pronto, a pesar suyo, gritó. Cruzó el comedor y la cocina llamando: — ¡Rosalía! ¡Rosalía!... ¡De prisa, un médico!... Mi niña se muere... La criada, que dormía en un cuartucho detrás de la cocina, lanzó una exclamación. Elena se había vuelto corriendo. Pataleaba en camisa, sin que pareciera notar el frío de la glacial noche de febrero. ¡Esta criada dejaría

morir a su hija! Apenas había transcurrido un minuto; fue de nuevo a la cocina, volvió a su cuarto. Rápidamente, a tientas, se puso una falda y echó un chal sobre sus hombros. Tropezaba con los muebles, llenaba con la violencia de su desesperación aquella pieza donde durmiera una paz tan recoleta. Luego, en zapatillas, dejando las puertas abiertas, descendió ella misma los tres pisos con la idea de que sólo ella lograría traer un médico. Cuando la portera hubo tirado del cordón, Elena se encontró en la calle, zumbándole los oídos, perdida la cabeza. Descendió rápidamente por la calle de Vineuse y llamó a casa del doctor Bodin, que ya había cuidado a Juana. Una sirvienta, al cabo de una eternidad, vino a decirle que el doctor había ido a atender a una mujer que estaba de parto. Elena se quedó como atontada en la acera. No conocía a otro doctor en Passy. Por unos instantes, recorrió las calles mirando las fachadas. Soplaban un airecillo helado; caminaba con sus zapatillas sobre una nieve ligera que había caído por la tarde. Veía ante ella constantemente a su hija y se le ocurrió la angustiosa idea de que era ella la que la estaba matando si no lograba un médico en seguida. Entonces, al subir por la calle de Vineuse, se colgó del cordón de una campanilla. Podía preguntar, y quizá le darían alguna dirección. Llamó de nuevo porque no se apresuraban bastante en abrir. El viento aplastaba la ligera falda contra sus piernas y los mechones de su pelo volaban a su merced. Por fin, un criado vino a abrir y le dijo que el doctor Deberle estaba acostado. ¡Había llamado en casa de un doctor! Esto quería decir que el cielo no la abandonaba. Empujó al criado para entrar, repitiendo: — ¡Mi niña! ¡Mi niña se muere!... Dígame que venga. Estaba en un hotelito lleno de tapices. A empujones, subió al piso luchando con el sirviente, contestando, a todas sus observaciones, que su niña se estaba muriendo. Llegados a una habitación, se avino a esperar; pero, en cuanto oyó que el médico se levantaba, se acercó y le habló a través de la puerta. — ¡De prisa, señor, se lo ruego!... ¡Mi niña se muere! Cuando el médico apareció, de americana, sin corbata, le atrajo hacia sí sin permitir que acabara de vestirse. Él la había reconocido. Habitaba en la casa de al lado y era su inquilina. También en ella, cuando él le hizo cruzar un jardín para acortar el camino pasando por una puerta de comunicación que había entre las dos viviendas, algo despertó en su memoria repentinamente. —Es verdad —murmuró—; es usted médico, y yo lo sabía... Ya ve usted cómo me volví loca. Démonos prisa. En la escalera quiso que él pasara delante. No hubiese llevado a su casa al Santísimo con mayor devoción. Arriba, Rosalía había permanecido junto a Juana y había encendido la lámpara colocada encima del velador. En cuanto el médico entró, cogió esta lámpara para iluminar vivamente a la niña, que conservaba una rigidez dolorosa; sólo la cabeza había resbalado, y rápidas convulsiones crispaban su rostro. Durante un minuto, nada dijo, frunciendo los labios. Elena le miraba ansiosa. Cuando el médico se dio cuenta de esta mirada de madre que le imploraba, murmuró: —No será nada... Pero no debemos dejarla aquí: necesita aire. Elena, con gesto pronto, se la llevó en brazos. Hubiese besado las manos de este médico por sus buenas palabras; una dulce calma se apoderó de ella. Pero, en cuanto puso a Juana en su gran lecho, este pobre cuerpecillo de chiquilla se agitó en violentas convulsiones. El médico había quitado la pantalla de la lámpara y una blanca claridad llenaba la estancia. Fue a abrir una ventana y ordenó a Rosalía que sacara el lecho fuera de las cortinas. Elena, angustiada de nuevo, balbuceaba: — ¡Pero es que se muere, señor!... Véalo, véalo... ¡Ni me parece la misma! Él no contestó, siguiendo el acceso con atenta mirada. Luego dijo: —Entre en la alcoba; sujétele las manos para que no se arañe... Así, suavemente, sin violencia... No se inquiete; es necesario que la crisis siga su curso. Y los dos, inclinados sobre la cama, sujetaban a Juana, cuyos miembros se distendían con bruscas sacudidas. El médico había abrochado su americana para ocultar el cuello desnudo. Elena permanecía oculta, envuelta en el chal que había echado sobre sus hombros. Pero Juana, debatiéndose, tiró de un extremo del chal y desabrochó el cuello de la americana. Ni siquiera se dieron cuenta: ni el uno ni el otro se veían. Entre tanto, el acceso declinó. La pequeña pareció hundirse en un gran decaimiento. El médico, aun cuando tranquilizaba a la madre sobre la marcha de la crisis, seguía preocupado. No dejaba de mirar a la enferma y acabó haciendo breves preguntas a Elena, que permanecía de pie al lado de la cama. — ¿Qué edad tiene la niña? —Once años y medio, doctor. Hubo un silencio. Bajando la cabeza, se inclinó para levantar el párpado cerrado de Juana y mirar la mucosa. Luego siguió su interrogatorio, sin levantar los ojos hacia Elena. — ¿Tuvo convulsiones siendo más pequeña? —Sí, señor; pero estas convulsiones desaparecieron hacia la edad de seis años... Es muy delicada. Hace algunos días que se la ve intranquila. Ha tenido calambres, momentos de ausencia... — ¿Sabe usted si hubo enfermedades nerviosas en su familia? —Lo ignoro... Mi madre murió del pecho. Dudaba, avergonzada, sin querer confesar la existencia de una abuela encerrada en un manicomio. Toda su ascendencia era trágica. —Tenga cuidado —dijo de pronto el médico—: va a sufrir un nuevo ataque. Juana acababa de abrir los ojos. Por un instante miró a su alrededor con aire extraviado, sin pronunciar una palabra. Luego su mirada quedó fija y su cuerpo se inclinó hacia atrás con los miembros tensos y rígidos. De pronto palideció con una palidez lívida y las convulsiones volvieron a manifestarse. —No la suelte —dijo el doctor—. Cójale la otra mano. Corrió hacia el velador sobre el cual, al entrar, había dejado un pequeño botiquín. Volvió con un frasco que hizo respirar a la chiquilla. Pero esto causó el efecto de un terrible latigazo. Juana dio tal sacudida, que escapó de

las manos de su madre. — ¡No, no, nada de éter! —gritó ésta, advertida por el olor—. El éter la pone como loca. Apenas los dos lograron mantenerla sujeta. Hacía violentas contracciones, apoyada en los talones y en la nuca, como plegada en dos. Luego caía de nuevo, agitándose en un balanceo que la lanzaba hacia los dos bordes de la cama. Tenía los puños apretados, con el pulgar doblado hacia la palma; por momentos los abría y con los dedos separados buscaba coger objetos en el vacío para retorcerlos. Encontró el chal de su madre y lo agarró fuertemente. Pero lo que por encima de todo atormentaba a Elena era, como decía, que no reconocía a su hija. Su pobre ángel, de carita tan dulce, tenía los rasgos traspuestos, los ojos perdidos en las órbitas, mostrando su nácar azulado. —Haga algo, se lo ruego —murmuró—. Ya no me quedan fuerzas, señor. Acababa de acordarse de que la hija de una de sus vecinas, en Marsella, había muerto ahogada en una crisis parecida. Tal vez el médico la engañaba para tranquilizarla. A cada segundo le parecía recibir en la cara el último hálito de Juana, cuya entrecortada respiración se detenía. Entonces, desgarrada, trastornada por la compasión y el terror, lloró. Sus lágrimas cayeron sobre la desnudez de la niña, que había rechazado los cobertores. Entre tanto, el doctor, con sus dedos largos y flexibles, presionaba ligeramente la base del cuello. La intensidad del acceso disminuyó. Juana, después de algunos movimientos más pausados, quedó inerte. Estaba en medio de la cama, con el cuerpo tendido, los brazos estirados, la cabeza sostenida por la almohada e inclinada sobre el pecho. Elena se agachó y la besó largamente en la frente. — ¿Se terminó? — preguntó a media voz—. ¿Cree usted que habrá nuevos ataques? El médico hizo un gesto evasivo; luego respondió: —En todo caso, los otros serán menos violentos. Había pedido a Rosalía un vaso y una jarra de agua. Llenó la mitad de un vaso, cogió dos nuevos frascos y contó unas gotas. Con el auxilio de Elena, que levantaba la cabeza de la niña, introdujo entre sus dientes apretados una cucharada de esta poción. Ardía intensamente la lámpara y, con su blanca llama, iluminaba el desbarajuste de la habitación, cuyos muebles estaban en desorden. Las ropas que Elena, al acostarse, había echado al respaldo de una butaca, habían caído al suelo y barrían la alfombra. El doctor, que había pisado un corsé, lo recogió para no tropezar de nuevo con él. Un perfume de verbena emanaba de la cama deshecha y las esparcidas ropas. Era como una exhibición violenta de toda la intimidad de una mujer. El doctor fue por sí mismo a buscar una jofaina, empapó un paño y lo aplicó en las sienes de Juana. —Va usted a resfriarse, señora — dijo Rosalía, que estaba tiritando—. Tal vez se podría cerrar la ventana. El aire es muy frío. —No, no —gritó Elena—; deje la ventana abierta... ¿Verdad, doctor? Entraban pequeñas bocanadas de aire agitando las cortinas. Ella ni las notaba, a pesar de que el chal se había deslizado por completo de sus hombros, descubriendo el nacimiento del pecho. Por la espalda, el moño, deshecho, dejaba colgar los locos mechones, que llegaban hasta su cintura. Había descubierto sus brazos desnudos para estar más presta, olvidándose de todo y sin más preocupación que la de su hija. Ante ella, el atareado médico tampoco pensaba en su chaqueta abierta ni en el cuello de su camisa que Juana acababa de arrancar. —Levántela un poco —dijo—. No, así no... Déme usted la mano. Le cogió la mano y la puso él mismo bajo la cabeza de la niña, a la que quería hacer tomar una cucharada del medicamento. Luego la llamó a su lado. Se servía de ella como de una enfermera y ella obedecía religiosamente, viendo que su hija parecía más tranquila. —Acérquese... Va usted a apoyar la cabeza de la niña sobre su hombro mientras yo la ausculto. Elena hizo lo que le mandaban. Entonces él se inclinó por encima de ella para poner su oído sobre el pecho de Juana. Había rozado con la mejilla el hombro desnudo de Elena y, auscultando el corazón de la hija, habría podido oír los latidos del de la madre. Cuando se incorporó, su aliento se mezcló con el de ella. —Bueno, aquí no ocurre nada —dijo tranquilo, cosa que alegró a la madre—. Acuéstela de nuevo; no hay por qué atormentarla más. Pero se produjo un nuevo acceso, que fue mucho menos grave. Juana dejó escapar algunas palabras entrecortadas. A cortos intervalos, dos nuevos accesos abortaron. La niña había caído en una postración que parecía inquietar de nuevo al doctor. La había acostado con la cabeza muy alta, el cobertor subido hasta la barbilla, y durante cerca de una hora permaneció allí velándola, como si aguardara el tono normal de la respiración. Al otro lado de la cama, Elena esperaba igualmente, sin moverse. Poco a poco se mostró en el rostro de Juana una gran calma. La lámpara la iluminaba con una luz dorada. Su rostro recobraba su óvalo adorable, un tanto alargado, con la gracia y la finura de una cabrita. Sus hermosos ojos cerrados tenían los anchos párpados azulados y transparentes, y bajo ellos se adivinaba el fulgor sombrío de la mirada. Su fina nariz sopló ligeramente y su boca, un poco grande, adquirió una vaga sonrisa. Dormía así, sobre la mata de su pelo desparramado, negro como la tinta. —Esta vez ya pasó todo —dijo el médico a media voz. Se volvió arreglando sus frascos y preparándose para marcharse. Elena se le acercó suplicante. — ¡Oh doctor! —murmuró—. No me abandone. Espere unos minutos. Pues, si se produjeran nuevos accesos... Es usted quien la ha salvado. Con un gesto indicó que ya no había nada que temer. No obstante, se quedó para tranquilizarla. Elena había mandado a Rosalía que se acostara. Pronto, al amanecer, apuntó un día dulce y gris sobre la nieve que blanqueaba los tejados. El doctor fue a cerrar la ventana. Los dos intercambiaron escasas palabras, en voz baja, en medio de aquel gran silencio. —Le aseguro que no tiene nada grave —dijo—. Únicamente, a su edad, necesita muchos

cuidados... Procure, sobre todo, que lleve una vida tranquila, feliz, sin sobresaltos. Al cabo de un instante, Elena dijo a su vez: —Es tan endeble, tan nerviosa... No soy siempre dueña de ella. Cualquier tontería le produce alegrías o tristezas que me inquietan por su intensidad... Me quiere con una pasión, con unos celos que la hacen sollozar cuando acaricio a otro niño. Él inclinó la cabeza, repitiendo: —Sí, sí, endeble, nerviosa, celosa... El doctor Bodin es quien la cuida, ¿verdad? Le hablaré de ella. Estableceremos un tratamiento enérgico. Está en la edad en que se decide la salud de una mujer. Viéndole tan afectuoso, Elena sintió un impulso de agradecimiento. — ¡Ay, doctor! ¡Cómo le agradezco tanta molestia como se ha tomado! Luego, como había alzado la voz, fue a inclinarse por encima de la cama con miedo de haber despertado a Juana. La niña dormía, muy sonrosada, con una leve sonrisa en los labios. En la habitación en calma, flotaba cierta languidez. Una somnolencia recoleta y como tranquilizada se había apoderado de nuevo de los tapices, los muebles, los vestidos dispersos. Todo se sumía y apaciguaba en el amanecer que entraba por las dos ventanas. Elena estaba de nuevo de pie al lado de la cama. El doctor permanecía al otro extremo. Entre ellos estaba Juana, durmiendo con su ligero respirar. —Su padre estaba enfermo a menudo —dijo suavemente Elena, volviendo al interrogatorio—. Yo siempre he estado bien. El doctor, que no la había mirado todavía, levantó los ojos y no pudo evitar una sonrisa al verla tan fuerte y sana. Ella sonrió también con su magnífica sonrisa serena. Su buena salud la hacía feliz. Entre tanto, él no dejaba de mirarla. Jamás había visto una belleza tan correcta. Alta, magnífica, era una Juno de pelo castaño con reflejos de oro. Cuando volvía lentamente la cabeza, su perfil adquiría una pureza grave, de estatua. Sus ojos, grises, y sus blancos dientes le iluminaban la cara. Tenía la barbilla redonda y un poco fuerte, lo que le daba un aspecto juicioso y firme. Pero lo que sorprendía al doctor era la soberbia desnudez de esta madre. El chal se había escurrido más todavía, descubriendo el pecho y mostrando los brazos, que quedaban desnudos. Una gran mata de pelo, color de oro bruñido, caía sobre sus hombros y se perdía entre los senos. Pese a su falda mal sujeta, estando despeinada y sin arreglar, conservaba una majestad, una altivez honesta y un pudor que la mantenían casta bajo aquella mirada de hombre, en la que se acrecentaba una gran turbación. Por un momento, ella le examinó también. El doctor Deberle era un hombre de treinta y cinco años, de cara afeitada, un tanto alargada, de penetrante mirada y labios finos. Al mirarle, se dio cuenta también de que su cuello estaba desnudo. Permanecieron así, frente a frente, con la pequeña Juana dormida entre ellos. Pero aquel espacio, que un momento antes parecía inmenso, se diría que se estrechaba. La respiración de la niña era demasiado leve. Entonces Elena, con mano pausada, se subió el chal y se cubrió con él, mientras el doctor abrochaba el cuello de su chaqueta. —Mamá, mamá... —balbuceó Juana en su sueño. Se estaba despertando. Cuando hubo abierto los ojos, vio al médico y se inquietó. — ¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó. Pero ya su madre la estaba besando. —Duerme, querida; has estado un poco enferma... Es un amigo. La niña parecía sorprendida. No se acordaba de nada. El sueño se apoderaba de ella y se durmió murmurando con acento mimoso: — ¡Oh! Tengo sueño... Buenas noches, mamita... Si es tu amigo, también lo será mío. El médico había hecho desaparecer su botiquín y, saludando silenciosamente, se retiró. Elena escuchó un instante la respiración de la niña. Luego, sentada al borde de la cama, se distrajo con la mirada y el pensamiento perdidos. La lámpara, que seguía encendida, palidecía en la plena claridad del día.

PRIMERA PARTE. Capítulo Segundo. Al día siguiente, Elena pensó que sería correcto dar las gracias al doctor Deberle. La forma violenta con que le había obligado a seguirla, la noche entera que él había pasado al lado de Juana, la intranquilizaban, pensando que se trataba de una atención que excedía de la ordinaria visita de un médico. No obstante, dudó un par de días, pues era una gestión que la molestaba por motivos que no podía explicar. Estas vacilaciones la obligaron a pensar en el doctor; y una mañana le encontró y se escondió de él como una chiquilla. En seguida se arrepintió de este gesto de timidez. Su carácter, tranquilo y recto, protestaba contra este desasosiego que penetraba en su vida, por lo que decidió que aquel mismo día iría a dar las gracias al doctor. La crisis de la pequeña había tenido lugar por la noche del martes al miércoles y ya estaban en sábado. Juana se encontraba completamente repuesta. El doctor Bodin, que había acudido muy inquieto, habló del doctor Deberle con el respeto de un pobre y viejo médico de barrio por un joven colega rico y ya famoso. Contó, no obstante, sonriendo con cierta malicia, que la fortuna procedía de papá Deberle, hombre a quien todo Passy veneraba. El hijo no había tenido más trabajo que el de heredar un millón y medio y una clientela magnífica. Un muchacho muy competente, por cierto, se apresuró a añadir el doctor Bodin, con el que se sentiría muy honrado de celebrar consulta a propósito de la preciosa salud de su amiguita Juana. Hacia las tres, Elena y su hija bajaron y sólo tuvieron que dar unos cuantos pasos por la calle Vineuse para llamar a la puerta del hotel vecino. Las dos iban todavía de riguroso luto. Fue un ayuda de cámara, de frac y corbata blanca, quien les abrió. Elena reconoció el amplio vestíbulo adornado con tapices de Oriente. No había más que unas jardineras, llenas con profusión de flores, a derecha e izquierda. El criado les había hecho entrar en un pequeño salón cuyo tapizado y cuyos muebles eran de color gualda. Seguía de pie, aguardando. Entonces Elena le dijo su nombre: —Señora Grandjean. El criado abrió la puerta de un salón amarillo y negro y, cediéndoles el

paso, repitió: —Señora Grandjean. Elena, ya en el umbral, tuvo un gesto de retroceso. Acababa de percibir al otro extremo, en el ángulo de la chimenea, una joven dama sentada en un estrecho canapé que la amplitud de sus faldas ocupaba enteramente. Frente a ella, una persona de edad, que no se había quitado el sombrero ni el chal, estaba de visita. —Perdón —murmuró Elena—. Yo deseaba ver al doctor Deberle. Y cogió de nuevo la mano de Juana, a la que había hecho pasar delante de ella. La sorprendía y cohibía aparecer así ante esta joven señora. ¿Por qué no había preguntado por el doctor? No obstante, bien sabía que estaba casado. Precisamente la señora Deberle acababa de explicar algo, con voz apresurada y un tanto chillona: — ¡Oh! ¡Es maravilloso, maravilloso!... ¡Se muere con un realismo!... Mire: se coge el corpiño de ese modo, echa hacia atrás la cabeza y se queda completamente verde... Le juro que tiene usted que verla, señorita Aurelia... Luego se levantó y, acompañada por el suave crujir de sus vestidos, se acercó a la puerta y dijo con una gracia encantadora: —Le ruego que pase, señora... Mi marido no está aquí... Pero le aseguro que es para mí un placer, un verdadero placer... Esta debe de ser la linda señorita que se puso tan enferma la otra noche... Se lo ruego, siéntese un momento... Elena hubo de aceptar una butaca en tanto que Juana se sentaba tímidamente en el borde de una silla. La señora Deberle se había hundido de nuevo en su pequeño canapé, añadiendo con una graciosa sonrisa: —Es mi día... Sí, recibo los sábados... Y por eso Pedro hace pasar aquí a todo el mundo. La semana pasada me trajo a un coronel aquejado por la gota. — ¡Qué loca eres, Julieta! — murmuró la señorita Aurelia, una señorita de edad, vieja amiga sin recursos que la había visto nacer. Hubo un breve silencio. Elena echó una mirada al lujo del salón, a las cortinas y a los asientos, negro y oro, que despedían un fulgor de astro. Múltiples flores se abrían encima de la chimenea, encima del piano, sobre los veladores; por los cristales de las ventanas penetraba la luz clara del jardín, del que se distinguían los árboles sin hojas y la tierra desnuda. Hacía mucho calor, un calor uniforme de calorífero; en la chimenea, un leño solitario se convertía en brasas. Luego, con otra mirada, Elena comprendió que el resplandor llameante del salón constituía un marco cuidadosamente estudiado. La señora Deberle tenía los cabellos de un negro de tinta y un cutis de una blancura de leche. Era menuda, regordeta, pausada y graciosa. Entre todo aquel oro, bajo el tupido peinado que llevaba, su pálida tez se doraba con un reflejo bermejo. Elena la encontró verdaderamente adorable. —Las convulsiones son algo terrible —prosiguió la señora Deberle—. Mi pequeño Luciano las tuvo durante sus primeros años... ¡Cómo debió usted de asustarse, señora! En fin, afortunadamente, esta querida niña parece completamente restablecida. Y, arrastrando las frases, contemplaba a su vez a Elena, sorprendida y encantada por su gran belleza. Jamás había visto ninguna mujer de tan majestuoso porte, con aquellos negros ropajes que envolvían la alta y severa silueta de la viuda. Su admiración se traducía en una sonrisa involuntaria, mientras cambiaba una mirada con la señorita Aurelia. Ambas la examinaban de manera tan ingenuamente encantada, que Elena tuvo que corresponderles con una ligera sonrisa. La señora Deberle se reclinó suavemente en su canapé y, cogiendo el abanico que colgaba de su cintura, preguntó: — ¿No estuvo usted ayer en el estreno del «Vaudeville», señora? —No voy nunca al teatro... —contestó Elena. — ¡Oh! La pequeña Noemí estuvo maravillosa... Muere con un realismo... Se coge así el corpiño, echa la cabeza hacia atrás y se pone completamente verde... ¡Es de un efecto prodigioso! Durante unos momentos discutió el juego escénico de la actriz, que por cierto alababa. Luego pasó a los demás éxitos de París: una exposición de cuadros en la que había visto telas inusitadas; una novela estúpida de la que se hacía mucha propaganda; una osada aventura de la que habló con la señorita Aurelia con disimuladas palabras. Pasaba así de uno a otro tema sin parar, con rapidez, viviéndolos todos, sintiéndose en su propio ambiente. Elena, ajena a este mundo, se limitaba a escuchar, colocando de vez en cuando una palabra, un breve comentario. Se abrió la puerta y anunció el criado: —La señora de Chermette... La señora Tissot... Entraron dos señoras vestidas con gran lujo. La señora Deberle avanzó rápidamente a su encuentro, y la cola de su vestido de seda negra, cargada de adornos, era tan larga que, cada vez que giraba sobre sí misma, tenía que apartarla con un golpe de tacón. Durante un momento hubo un rápido rumor de voces aflautadas. —Qué amables son ustedes... No se las ve nunca... —Venimos por lo de la lotería... Usted ya sabe... —Claro, claro... — ¡Oh!, no podemos ni sentarnos... Nos quedan todavía veinte visitas por hacer... — ¡Vamos! No van ustedes a salir huyendo... Las dos damas acabaron por sentarse al borde de un diván. Entonces las voces aflautadas se elevaron con mayor agudeza. — ¿Eh? ¿Ayer en el «Vaudeville»? — ¡Oh! ¡Soberbio! — ¿Vieron ustedes cómo se desabrocha y cómo sacude sus cabellos? Todo el efecto está en esto. —Dicen que toma algo para ponerse verde. —No, no; los gestos están muy estudiados... Pero hacía falta dar con ellos. —Es prodigioso. Las dos señoras se habían levantado y desaparecieron. El salón recobró su cálida calma. Sobre la chimenea, los jacintos exhalaban su penetrante perfume. Por un instante se oyó llegar del jardín la violenta querrela de una bandada de gorriones que se abatían sobre el césped. La señora Deberle, antes de sentarse de nuevo, fue a levantar el transparente de tul bordado de una ventana que estaba frente a ella, y ocupó de nuevo su puesto nimbada por el oro más pálido del salón. —Le ruego que me perdone —dijo—. Está una literalmente invadida... Y, muy afectuosa, habló pausadamente con Elena. Se diría que conocía en parte su

historia, informada sin duda por los comadros de la casa que le pertenecía. Con un atrevimiento lleno de tacto, que parecía en gran parte debido a la amistad, le habló de su marido, de su espantosa muerte en un hotel, el Hôtel du Var, de la calle Richelieu. —Y acababan ustedes de desembarcar, ¿no es eso? Nunca había estado usted en París... Debí de ser horrible; un luto entre desconocidos, al día siguiente de un largo viaje, cuando no se sabe siquiera dónde establecerse... Elena, lentamente, inclinaba la cabeza. Sí, había pasado horas verdaderamente terribles. La enfermedad que debía arrebatarse a su marido se había declarado súbitamente, al día siguiente de su llegada, en el momento en que iban a salir juntos. No conocía ni una calle; ignoraba incluso el nombre del barrio en que se encontraba; y durante ocho días permaneció encerrada con aquel moribundo, escuchando debajo de su ventana los rumores de todo París, sintiéndose sola, abandonada, perdida en lo más profundo de su soledad. Cuando, por primera vez, volvió a poner los pies en la calle, ya era viuda. El recuerdo de aquella gran habitación desnuda, llena de frascos de medicina, en la que ni siquiera las maletas habían sido abiertas, la hacía estremecer todavía. —Me han dicho que su marido casi le doblaba a usted la edad... —preguntó la señora Deberle con gesto del mayor interés, mientras que la señorita Aurelia aguzaba el oído con el fin de no perderse ningún detalle. — ¡Oh, no! —respondió Elena—. Apenas contaba seis años más que yo. Y se dejó llevar a narrar la historia de su matrimonio en pocas palabras: el gran amor que su marido había sentido por ella, cuando vivía con su padre, el sombrerero Mouret, en la calle des Petites-Maries, de Marsella; la testaruda oposición de los Grandjean, una familia de ricos refinadores a la que exasperaba la pobreza de la muchacha; una boda triste y furtiva, después de los requerimientos legales, y su precaria vida, hasta el día en que falleció un tío que les había legado alrededor de diez mil francos de renta. Fue entonces cuando Grandjean, que sentía una gran antipatía por Marsella, decidió que vendrían a instalarse en París. —Entonces, ¿a qué edad se casó usted? —preguntó todavía la señora Deberle. —A los diecisiete años. —Debía de estar usted muy bonita. La conversación decayó. Elena hizo como si no comprendiera. —La señora Manguelin —anunció el criado. Apareció una mujer joven, discreta, cohibida. La señora Deberle apenas se levantó. Se trataba de una de sus protegidas, que venía a darle las gracias por un favor. No se quedó más que algunos minutos y se retiró haciendo una reverencia. Entonces la señora Deberle reanudó la conversación hablando del reverendo Jouve, que ambas conocían. Se trataba de un humilde ecónomo de Notre-Dame-de-Grâce, la parroquia de Passy; pero por su caridad era el sacerdote más querido y respetado del barrio. — ¡Oh! ¡De verdadera unción! —murmuró con un gesto devoto. —Ha sido muy bueno para con nosotras —dijo Elena—. Mi marido le había conocido en otros tiempos en Marsella... En cuanto se enteró de mi desgracia, quiso encargarse de todo. Fue él quien nos instaló en Passy. — ¿No tiene un hermano? —preguntó Julieta. —Sí, su madre se volvió a casar... El señor Rambaud también conocía a mi marido... Ha instalado un gran almacén de aceites y productos del Midi en la calle Rambuteau; creo que gana mucho dinero. Luego añadió jovialmente: —Ese sacerdote y su hermano constituyen toda mi corte. Juana, que se aburría sentada en el borde de su silla, miró a su madre con un gesto de impaciencia. Su fino rostro de cabritilla sufría, como si lamentara cuanto se estaba diciendo. Había momentos en que parecía olfatear los perfumes pesados y violentos del salón, lanzando oblicuas miradas a los muebles, desconfiada, advertida de vagos peligros por su exquisita sensibilidad. Luego volvía las miradas hacia su madre con una adoración tiránica. La señora Deberle se dio cuenta de la inquietud de la niña. —He aquí —dijo— una pequeña señorita que se aburre y está cansada de comportarse razonablemente como una persona mayor... Mira, sobre este velador hay libros ilustrados. Juana fue a coger un álbum, pero por encima del libro se escapaban sus miradas hacia su madre con expresión suplicante. Elena, conquistada por el ambiente amable en que se encontraba, no se movía; era de temperamento tranquilo y le agradaba quedarse sentada durante horas. No obstante, cuando el criado anunciaba una tras otra a tres damas: la señora Berthier, la señora Guiraud y la señora Levasseur, estimó que debía levantarse. Pero la señora Deberle exclamó: —Quédese, por favor; quiero presentarle a mi hijo. El círculo se ensanchaba delante de la chimenea. Todas aquellas señoras hablaban a un tiempo. Había una que decía estar rendida y contaba que, desde hacía cinco días, no se acostaba antes de las cuatro de la mañana. Otra se lamentaba amargamente de las nodrizas: no había manera de encontrar una que fuese honrada. Luego la conversación recayó sobre las modistas. La señora Deberle sostenía que una mujer no podía vestir bien a las demás: era necesario que fuese un hombre. Entonces dos de las damas cuchichearon a media voz y, al producirse un silencio, se oyeron tres o cuatro palabras; todas se echaron a reír, abanicándose con lánguida mano. —El señor Malignon —anunció el criado. Entró un joven alto, vestido muy correctamente, que fue saludado con ligeras exclamaciones. La señora Deberle, sin levantarse, le tendió la mano diciendo: — ¿Qué me dice de ayer en el «Vaudeville»? — ¡Infecto! —contestó. — ¿Cómo infecto?... Ella estuvo maravillosa; cuando se coge el corpiño, echa la cabeza hacia atrás... — ¡Quite usted!... Es de un repugnante realismo. Entonces se entabló la discusión. Eso de «realismo» se dice pronto; pero el joven no lo aceptaba en ninguna de sus formas. — ¡Nada! —decía, levantando la voz—. ¿Comprenden ustedes? ¡Nada! Esto degrada el arte. Por

este camino, ¡se acabaría viendo cada cosa en los escenarios! ¿Por qué, Noemí no llevaba las consecuencias hasta el final? Y esbozó un gesto que escandalizó a todas las señoras. ¡Uf! ¡Qué horror! De todos modos, como la señora Deberle logró colocar su frase sobre el prodigioso efecto que conseguía la actriz y la señora Levasseur, contó que una espectadora se había desmayado en la galería, se convino que había sido un gran éxito. Esta palabra cerró del todo la discusión. Sentado en su butaca, el joven alargaba sus piernas entre las faldas que le rodeaban. Parecía ser amigo íntimo de casa del doctor. Maquinalmente había cogido una flor de una jardinera y la estaba mordisqueando. La señora Deberle le preguntó: — ¿Ha leído usted la novela...? No la dejó que terminara y contestó, con aires de superioridad: — Sólo leo un par de novelas al año. En cuanto a la exposición del Círculo de Bellas Artes, verdaderamente no valía la pena molestarse. Luego, cuando todos los temas de conversación del día estuvieron agotados, fue a apoyarse en el respaldo del canapé de Julieta, con la que cambió algunas palabras en voz baja, mientras las demás señoras conversaban animadamente entre ellas. — ¡Vaya!, ya se ha marchado — exclamó la señora Berthier volviéndose —. Hace cosa de una hora le encontré en casa de la señora Robinot. — Sí, y se va a casa de la señora Lecomte — dijo la señora Deberle —. ¡Oh!, es el hombre más ocupado de París. Y, dirigiéndose a Elena, que había seguido la escena, continuó: — Un muchacho muy distinguido al que queremos mucho... Tiene intereses con un agente de cambio. Además, es muy rico, y siempre está al corriente de todo. Las señoras se iban. — Adiós, querida; ya sabe: el miércoles cuento con usted. — Sí, eso es; el miércoles. — Dígame: ¿irá usted a esta fiesta? Una nunca sabe con quién va a encontrarse. Yo iré si va usted. — ¡Bueno!, iré; se lo prometo. Muchos saludos al señor de Guiraud. Cuando la señora Deberle volvió, encontró a Elena de pie en medio del salón. Juana se apretaba contra su madre, a la que había cogido una mano, y con dedos trémulos y acariciadores la atraía con pequeños tirones hacia la puerta. — ¡Ah!, es verdad — murmuró la dueña de la casa. Llamó al criado. — Pedro, diga a la señorita Smithson que traiga a Luciano. Durante la espera, la puerta se abrió de nuevo, familiarmente, sin que anunciara a nadie. Una bonita muchacha de dieciséis años entró seguida de un viejecito de cara mofletuda y sonrosada. — Buenos días, hermana — dijo la joven besando a la señora Deberle. — Buenos días, Paulina... Buenos días, papá — contestó ésta. La señorita Aurelia, que no se había movido del lado de la chimenea, se levantó para saludar al señor Letellier. Tenía un gran almacén de sedas en el bulevar des Capucines. Desde la muerte de su esposa, paseaba a su segunda hija por todas partes, en busca de un buen partido. — ¿Fuiste ayer al «Vaudeville»? — preguntó Paulina. — ¡Oh, maravilloso! — repitió Julieta maquinalmente, de pie ante un espejo, mientras se arreglaba un rizo rebelde. Paulina hizo un mohín de niña mimada: — Es desesperante eso de ser soltera. ¡No puede una ver nada!... Fui con papá hasta la puerta, a medianoche, para enterarme de cómo habían ido las cosas. — Sí — dijo el padre —. Nos encontramos con Malignon. Dijo que estaba muy bien. — ¡Vaya! — exclamó Julieta —. Estaba aquí ahora mismo y dijo que le parecía infecto. Con él, nunca se sabe... — ¿Has tenido muchas visitas? — preguntó Paulina pasando bruscamente a otro tema. — ¡Oh, de locura! Todas esas señoras... No estuvimos de vacío ni un momento... Estoy muerta... Luego, recordando que olvidaba hacer una presentación formal, se interrumpió: — Mi padre y mi hermana... La señora Grandjean... Y, al iniciarse una conversación sobre los niños y las enfermedades que tanto inquietaban a las madres, se presentó la señorita Smithson, una aya inglesa, que traía a un muchacho de la mano. La señora Deberle le dirigió rápidamente unas palabras en inglés para reñirla por haberse hecho esperar. — ¡Ah, he aquí a mi pequeño Luciano! — exclamó Paulina, que se puso de rodillas ante el niño con gran frufrú de faldas. — Suelta, suelta — dijo Julieta —. Acércate, Luciano; ven a decir buenos días a esta señorita. El chiquillo avanzó cohibido. No tendría más de siete años; era bajito y gordo e iba vestido con coquetería de muñeca. Cuando vio que todo el mundo le miraba sonriendo, se detuvo y, con expresión de sorpresa en sus ojos azules, examinó a Juana. — Vamos... — murmuró la madre. Él la consultó con una mirada y dio otro paso. Mostraba esa patosidad de los muchachos, el cuello metido en los hombros, los labios gruesos y mohínos y un aire de disimulo en las cejas, ligeramente fruncidas. Seguro que Juana, con su traje de luto, sería y pálida, le intimidaba. — Hija mía, tú también debes ser amable — dijo Elena al notar la actitud estirada de su hija. La pequeña no había soltado la mano de su madre y pasaba los dedos por su piel entre la manga y el guante. Con la cabeza gacha esperaba a Luciano con el gesto inquieto de una chiquilla arisca y nerviosa, dispuesta a escapar ante una caricia... No obstante, cuando su madre la empujó suavemente, acabó por dar un paso a su vez. — Señorita, tendrá usted que besarle — dijo riendo la señora Deberle —. Con él, siempre son las señoras las que tienen que comenzar... ¡Oh, es tan bobalicón...! — Bésale, Juana — dijo Elena. La niña levantó los ojos hacia su madre y luego, como vencida por el aire atontado del pequeño muchacho, sintiendo una súbita ternura ante su carita azorada, su rostro se iluminó como al impulso de una gran pasión interior. — De buena gana, mamá. Y, cogiendo a Luciano por los hombros, levantándole casi, le besó fuertemente en ambas mejillas. Entonces él también quiso besarla. — ¡Estupendo! — exclamaron todos los asistentes. Elena saludó y se encaminó hacia la puerta acompañada por la señora Deberle. — Espero, señora — dijo —, que

querrá usted expresar toda mi gratitud al señor doctor... La otra noche me sacó de una mortal inquietud. — ¿No está por ahí Enrique? —interrogó el señor Letellier. —No; volverá tarde —respondió Julieta. Y, viendo que la señorita Aurelia se levantaba para salir con la señora Grandjean, añadió: —Pero usted se queda a cenar con nosotros; es cosa convenida. La solterona, que esperaba esta invitación todos los sábados, se decidió a quitarse el chal y el sombrero. Se ahogaba uno en el salón y el señor Letellier, que había abierto una ventana, se quedó plantado ante ella interesado por una lila en que iban apareciendo ya unos capullos. Paulina jugaba al corro con Luciano, entre las sillas y las butacas que las visitas habían dejado en desorden. Ya en el umbral, la señora Deberle tendió la mano a Elena y, con un gesto lleno de amistosa confianza, le dijo: —Permítame. Mi marido me había hablado de usted y ya me era usted simpática. Su desgracia, su abandono... En fin, me alegra mucho haberla conocido y cuento con que seguiremos tratándonos. —Se lo prometo y le doy las gracias —dijo Elena, muy conmovida por este impulso afectuoso en una señora que le había parecido tener un poco la cabeza a pájaros. Con las manos cogidas todavía, se miraron de frente sonriéndose. Julieta, con un ademán mimoso, confesó la razón de su súbita amistad: —Es usted tan bonita, que hay que quererla a la fuerza. Elena se echó a reír divertida, pues su belleza la tenía sin cuidado. Llamó a Juana, que seguía con la mirada absorta en los juegos de Luciano y Paulina. Pero la señora Deberle retuvo todavía a la chiquilla y prosiguió: —Desde ahora, ya sois amiguitos. Decios «Hasta pronto». Y los dos pequeños se mandaron cada uno un beso con la punta de los dedos. PRIMERA PARTE. Capítulo Tercero. Todos los martes, Elena recibía a cenar al señor Rambaud y al reverendo Jouve. Fueron ellos quienes, en los primeros tiempos de su viudez, habían forzado su puerta y puesto su cubierto en la mesa, con una franqueza amistosa, para sacarla, por lo menos una vez por semana, de la soledad en que vivía. Pronto estas cenas del martes, se habían convertido en una verdadera institución. Los invitados aparecían como quien cumple con un deber, a las siete en punto y con su habitual y tranquilo alborozo. Aquel martes, Elena, sentada junto a la ventana, trabajaba en una labor de costura aprovechando la última claridad del crepúsculo y esperando a sus invitados. Pasaba allí sus días en una plácida paz. A aquellas alturas no llegaban los ruidos. Le gustaba esta amplia habitación, tan tranquila, con su lujo burgués, su palisandro y su terciopelo azul. Cuando sus amigos la instalaron, sin que ella se ocupara de nada, sufrió un poco las primeras semanas por este gran lujo con que el señor Rambaud había logrado realizar su ideal de arte y comodidad, con gran admiración por parte del sacerdote, que se había negado a intervenir; pero acabó por sentirse muy satisfecha en aquel ambiente, que le parecía sólido y sencillo como su corazón. Los pesados cortinajes, los muebles sombríos y costosos, contribuían a su tranquilidad. La única diversión que se permitía durante sus largas horas de labor era la de echar una mirada al amplio horizonte del gran París, que extendía ante ella el mar agitado de sus tejados. El rincón de su soledad se abría sobre esta inmensidad. —Ya no veo claro, mamá —dijo Juana, que estaba sentada junto a ella en una sillita baja. Dejó caer su labor mirando aquel París que iba desapareciendo entre grandes sombras. Generalmente, era poco revoltosa. Su madre tenía que enfadarse para obligarla a salir; obedeciendo la severa orden del doctor Bodin, la llevaba dos horas al bosque de Boulogne todos los días. Este era su único paseo; no habían descendido tres veces al centro de París, no más de tres veces en dieciocho meses. En ningún sitio parecía que la niña se encontrara más a gusto que en su gran habitación azul. Elena había tenido que renunciar a que aprendiera música. Un organillo que sonara en el silencio del barrio la ponía temblorosa y con los ojos húmedos. Ayudaba a su madre a coser pañales para los pobres del reverendo Jouve. Era ya de noche cuando Rosalía entró con una lámpara. Parecía muy sofocada; era su momento de intensa actividad en la cocina. La cena del martes era el único acontecimiento de la semana que revolvió la casa. — ¿Es que estos señores no van a venir esta noche, señora? —preguntó. Elena miró el reloj. —Son las siete menos cuarto. Están por llegar. Rosalía era un obsequio del reverendo Jouve. La había recogido en la estación de Orléans el día de su llegada, de manera que no conocía ni pizca de París. Se la había mandado un viejo discípulo del seminario, párroco de un pueblo de la Beauce. Era bajita y regordeta, con la cara redonda bajo su apretada cofia, con los cabellos ásperos y negros, la nariz aplastada y los labios rojos. Triunfaba con ciertos platos delicados, pues había crecido en la abadía, al lado de su madrina, el ama del señor cura. — ¡Ah!, he aquí al señor Rambaud —dijo mientras iba a abrir, antes de que él llamara. El señor Rambaud, alto y corpulento, apareció mostrando su ancha cara de notario de provincia. A los cuarenta y cinco años, tenía ya el pelo completamente gris; pero sus grandes ojos azules conservaban la expresión sorprendida, ingenua y dulce de un niño. —Y aquí está el señor cura. Ya estamos todos — dijo Rosalía, abriendo la puerta de nuevo. Mientras el señor Rambaud, después de haber estrechado la mano de Elena se sentaba sin decir nada, sonriendo como hombre que se siente en su propia casa, Juana se lanzó al cuello del sacerdote. — ¡Hola, amiguito! —dijo—. He estado muy malita. — ¿Muy malita, querida? Los dos hombres se inquietaron, sobre todo el cura, un hombrecillo seco, con una cabeza muy gorda, sin gracia, vestido con abandono, cuyos ojos medio entornados se agrandaron y se llenaron de una hermosa y tierna claridad. Juana le abandonaba una de sus manos dando la otra al señor Rambaud. Ambos la sostenían y la cubrían

con sus miradas ansiosas. Elena tuvo que contar su crisis. El sacerdote estuvo a punto de enfadarse porque no le habían advertido. Y la agobiaron a preguntas: por lo menos, ¿la cosa había terminado?, ¿la niña no tenía ya nada? La madre sonreía. —La quieren ustedes más que yo; acabarán por asustarme. No, la niña no ha vuelto a sentir nada; solamente algún dolor en los miembros y cierta pesadez de cabeza... Pero vamos a combatir todo esto enérgicamente. —La cena está servida —vino a anunciar la criada. Los muebles del comedor eran de caoba: una mesa, un aparador y ocho sillas. Rosalía corrió las cortinas de reps rojo. Colgada del techo una muy sencilla lámpara de porcelana blanca, con su cerco de cobre, iluminando los cubiertos, los platos simétricamente colocados y el humeante potaje. Cada martes, la cena daba lugar a las mismas conversaciones. Pero este día, naturalmente, se habló del doctor Deberle. El reverendo Jouve hizo de él un gran elogio, a pesar de que no era muy religioso. Le citó como hombre de carácter firme, de buen corazón, caritativo, muy buen padre y buen marido; y citó del mismo los mejores ejemplos. En cuanto a la señora Deberle, era excelente, pese a sus maneras un tanto vivarachas, debido a su singular educación parisiense. En una palabra: un matrimonio encantador. Elena pareció alegrarse; había juzgado del mismo modo a la pareja, y lo que le decía el sacerdote la hacía continuar unas relaciones que, en principio, la asustaban un poco. —Vive usted demasiado encerrada — dijo el reverendo Jouve. —Sin duda —apoyó el señor Rambaud. Elena los miraba con su tranquila sonrisa, como para decirles que ellos le bastaban y que temía toda nueva amistad. Pero sonaron las diez y el sacerdote y su hermano cogieron los sombreros. Juana acababa de dormirse en una butaca de la habitación. Se inclinaron un instante bajando la cabeza con gesto satisfecho y contemplando la placidez de su sueño. Luego se fueron de puntillas y en la antecámara, bajando la voz, dijeron: —Hasta el martes. —Me olvidaba... —susurró el sacerdote, volviendo a subir unos peldaños—. La tía Fétu está enferma. Debería usted ir a verla. —Mañana iré —respondió Elena. Al sacerdote le gustaba mandarla a visitar a sus pobres. Ambos sostenían en voz baja toda suerte de conversaciones sobre asuntos que consideraban comunes y respecto a los cuales se entendían con medias palabras, y jamás hablaban delante de la gente. Al día siguiente, Elena salió sola. Evitaba llevar consigo a Juana desde que la niña había permanecido durante dos días temblorosa al regresar de una visita de caridad a casa de un anciano paralítico. Una vez en la calle siguió por la de Vineuse, tomó la calle Raynouard y se metió por el pasaje des Eaux, rara escalinata estrangulada entre los muros de los jardines vecinos, una callejuela escarpada que descendía hasta el muelle desde las alturas de Passy. Al final de esta pendiente, la tía Fétu habitaba una buhardilla en una casa destartada que sólo iluminaba un ventanuco redondo y que llenaban un lecho miserable, una mesa coja y una silla de paja desportillada. — ¡Ah, mi buena señora, mi buena señora! —se puso a gemir en cuanto vio entrar a Elena. La tía Fétu estaba acostada. Rolliza pese a la miseria, como hinchada y de rostro abotargado, estiraba con las manos entumecidas el jirón de sábana que la cubría. Tenía unos ojos penetrantes, una voz llorosa, una humildad chillona que transformaba en un alud de palabras. — ¡Ay, mi buena señora! Se lo agradezco. ¡Hay que ver cómo sufro! Es como si unos perros me comiesen el costado... ¡Oh!, seguro que hay un animal en mis tripas. Vea, ahí está: usted puede verlo. A la piel no le ocurre nada, el mal está por dentro... ¡Oh! ¡Ay, ay! Hace dos días que no cesa. ¿Cómo será posible sufrir tanto, Dios mío?... ¡Ah, gracias, mi buena señora! Usted no olvida a la gente pobre. Esto le será tomado en cuenta; sí, le será tomado en cuenta... Elena se había sentado. Luego, viendo un puchero de tisana humeante sobre la mesa, llenó una taza que estaba al lado y lo acercó a la enferma. Cerca del puchero había un paquete de azúcar, dos naranjas y otras golosinas. — ¿Vinieron a verla? —preguntó. —Sí, sí, una señorita. Pero ellas no lo entienden... No es nada de esto lo que me hace falta. ¡Ah!, si por lo menos tuviera un poquito de carne, la vecina me haría un caldo... ¡Ay!, ahora me muerde más fuerte. De verdad, se diría que es un perro... ¡Ah!, si tuviese un poco de caldo... Pese a los sufrimientos que la retorcían, seguía con mirada atenta los movimientos de Elena, que hurgaba en su bolsillo. En cuanto la vio poner encima de la mesa una moneda de diez francos, se lamentó más y mejor, haciendo esfuerzos para incorporarse, y, debatiéndose, alargó el brazo y la moneda desapareció mientras repetía: — ¡Dios mío! Es otro ataque. No, así no puedo durar... Dios se lo pagará, mi buena señora. Yo le diré que se lo pague... Vea, son como lanzadas que me atraviesan todo el cuerpo... El señor cura ya me dijo que usted vendría. No hay como usted para hacer el bien. Voy a comprar un poco de carne... Y ahora descende hacia los muslos. Ayúdeme; no puedo más, no puedo más... Intentaba volverse. Elena se quitó los guantes, la cogió lo más suavemente posible y la volvió a acostar. Mientras estaba inclinada todavía, la puerta se abrió, y quedó tan sorprendida al ver entrar al doctor Deberle, que el rubor subió hasta sus mejillas. ¡También él hacía visitas de las que no hablaba! —Es el señor médico — balbuceó la vieja —. Son ustedes todos muy buenos; que el cielo los bendiga a todos. El doctor había saludado discretamente a Elena. La tía Fétu, desde que había entrado el doctor, no gemía tan fuerte. Mantenía tan sólo un leve quejido silbante y continuo de chiquillo que sufre. Había adivinado que la buena señora y el doctor se conocían y no les perdía de vista, yendo de uno a otro con un callado esfuerzo que se reflejaba en las mil arrugas de su cara. El doctor le hizo algunas preguntas y le percutió el costado derecho. Luego, volviéndose

hacia Elena, que había vuelto a sentarse, murmuró: —Son cólicos hepáticos. Estará levantada dentro de unos días. Y, arrancando una hoja de su carnet, en la que había escrito algunas líneas, dijo a la tía Fétu: —Tenga. Haga llevar esto a la farmacia de la calle Passy y tome usted cada dos horas una cucharada de la medicina que le darán. Entonces, de nuevo, la vieja prorrumpió en bendiciones. Elena permaneció sentada. El doctor pareció complacerse mirándola, hasta que sus ojos se encontraron. Luego la saludó y se retiró el primero, por discreción. No había bajado un piso aún cuando ya la tía Fétu volvió a sus gemidos. — ¡Ah, qué médico más estupendo!... Con tal de que su remedio me sirva de algo... Debí machacar cera con diente de león: esto quita el agua que hay en el cuerpo... ¡Ah, ya puede usted decir que conoce un médico bueno de verdad! ¿Hace ya mucho tiempo que le conoce?... Dios mío, tengo una sed... Tengo fuego en la sangre... Está casado, ¿verdad? Se merece una buena mujer y unos buenos hijos... En fin, me gusta que la gente buena se conozca. Elena se había levantado para darle de beber. —Bueno, adiós, tía Fétu —dijo—. Hasta mañana. —Eso es. ¡Qué buena es usted!... Si por lo menos, tuviese un poco de ropa... Vea mi camisa: está partida por la mitad. Estoy acostada en un estercolero... Pero no importa: Dios se lo pagará todo. Al día siguiente, cuando Elena llegó, el doctor Deberle estaba también en casa de la tía Fétu. Sentado en la silla, redactando una receta mientras la anciana seguía hablando con su volubilidad lacrimosa. —Ahora, señor, es como un plomo... Seguro que tengo plomo en este costado. Pesa cien libras y ya no puedo ni volverme. Pero, en cuanto vio a Elena, ya no paró. — ¡Ah!, es la buena señora... Ya se lo decía al querido señor: vendrá; aunque el cielo se cayese, ella vendría de todos modos... Una verdadera santa, un ángel del paraíso, guapa; tan guapa, que dan ganas de ponerse de rodillas en la calle para verla pasar... Mi buena señora, las cosas no van mejor. Ahora tengo un plomo ahí... Sí, le he contado todo lo que usted ha hecho por mí. El emperador no podría hacer más... ¡Ah!, habría que ser muy malo para no quererla, muy malo... Mientras ella soltaba estas frases, agitando la cabeza sobre la almohada, con sus pequeños ojos medio cerrados, el doctor sonreía a Elena, que se sentía muy turbada. —Tía Fétu —dijo quedamente—, le he traído un poco de ropa... —Gracias, muchas gracias; Dios se lo pagará... Es como este querido señor, que hace más bien a la gente pobre que todos los que debieran hacerlo por su profesión... Usted no sabe que me ha cuidado durante cuatro meses y me ha dado las medicinas, y caldo y vino... No se encuentran muchos ricos así, tan decentes con todo el mundo. Otro ángel de Dios... ¡Oh! ¡Ay, ay! Tengo toda una casa sobre el vientre... Ahora era el médico quien se sentía turbado. Se levantó queriendo ceder la silla a Elena; pero ésta, aun cuando había venido con la idea de pasar allí un cuarto de hora, rehusó diciendo: —Gracias, señor; tengo mucha prisa. Entre tanto, la tía Fétu, sin dejar de agitar la cabeza, había alargado el brazo, y el paquete de ropa desapareció en el fondo de la cama. Luego prosiguió: — ¡Oh!, ya puede decirse que hacen ustedes una buena pareja... Digo esto sin querer ofender, porque es verdad... Quien ha visto a uno, ha visto al otro. ¡La gente buena se comprende!... ¡Dios mío! Déme la mano para darme la vuelta... Sí, sí, se comprenden... —Hasta la próxima, tía Fétu —dijo Elena, que cedió el puesto al doctor—. No creo que venga mañana. No obstante, volvió al día siguiente. La vieja estaba adormilada. En cuanto despertó y la reconoció, con su traje de luto y sentada en la silla, exclamó: —Ha venido... De verdad, no sé lo que me hizo tomar, que estoy más tiesa que un bastón... ¡Ah!, hemos hablado de usted. Me ha preguntado un montón de cosas; que si estaba usted triste por lo general, que si pone usted siempre la misma cara... ¡Es tan buen hombre! Hablaba más despacio; parecía esperar que en la cara de Elena se reflejara el efecto de sus palabras, con ese aire angustiado y mimoso de los pobres que quieren complacer a todo el mundo. Sin duda creyó ver en la frente de la buena señora una arruga de desagrado, pues su gorda cara, abotargada, tensa y encendida, se apagó de súbito. Prosiguió, tartamudeando: —Siempre estoy durmiendo. Puede que esté envenenada... Había una mujer, en la calle de l'Annonciation, a la que un farmacéutico mató dándole una droga por otra. Aquel día, Elena se entretuvo cerca de media hora en casa de la tía Fétu, escuchándole hablar de Normandía, donde había nacido y donde se bebía tan buena leche. Después de un silencio, preguntó con negligencia: — ¿Hace mucho tiempo que conoce usted al doctor? La anciana, echada de espaldas, levantó a medias los párpados y los cerró de nuevo. — ¡Ah, sí, ya lo creo! — respondió a media voz—. Su padre me cuidó en el 48 y él le acompañaba. —Me han dicho que su padre era un santo varón. —Sí, sí... Un poco chalado... El hijo, ¿sabe usted?, es mejor todavía. Cuando te toca, parece que tenga las manos de terciopelo. Hubo un nuevo silencio. —Le aconsejo que haga cuanto le diga —siguió Elena—. Es muy sabio. Fue él quien salvó a mi hija. —Seguro —exclamó la tía Fétu animándose—. Se le puede tener confianza. Resucitó a un muchacho cuando ya se lo iban a llevar... ¡Oh!, no me impedirá usted que lo diga: no hay dos como él. Después de todo, tengo mucha suerte; siempre voy a caer entre lo mejor de la gente decente... Por esto doy gracias a Dios todas las noches. No los olvido a ninguno de los dos; ¡oh, sí!, siempre están ustedes unidos en mis oraciones... Que Dios los proteja y les conceda todo cuanto puedan desear. ¡Que les colme de sus dones! ¡Que les guarde un puesto en su paraíso! Se había incorporado y, con las manos juntas, parecía implorar al cielo con un fervor extraordinario. Elena la dejó seguir así largo rato, e incluso le sonreía. La charlatana humildad de la anciana acabó por

mecerla y adormecerla de una manera muy dulce. Al marcharse le prometió una cofia y un vestido para el día en que se levantara. Durante toda la semana, Elena se dedicó a la tía Fétu. La visita que le hacía cada tarde se incorporó a sus costumbres. Sobre todo, había cogido cierta afición al pasaje des Eaux. Esta callejuela, escarpada, le gustaba por su frescor y su silencio, por su pavimento siempre limpio, que los días de lluvia lavaba un torrente que se despeñaba desde las alturas. Cuando llegaba a él, tenía desde lo alto una extraña sensación viendo cómo se hundía la pendiente abrupta del pasaje, por lo general desierto y apenas conocido de los habitantes de las calles vecinas. Luego se aventuraba, entraba por el arco que forma la casa que bordea la calle de Raynouard y descendía a pasitos cortos los siete tramos de amplios peldaños a lo largo de los cuales discurría un arroyo de guijarros que ocupaba la mitad del estrecho pasadizo. Las tapias de los jardines, a derecha e izquierda, se hinchaban comidos por una lepra gris; los árboles extendían sus ramas, llovía la hojarasca y la yedra extendía el ropaje de su tupido manto; y todo ese verde, que sólo dejaba ver retazos azules del cielo, producía una luz verdosa muy suave y discreta. A la mitad del descenso se detenía para respirar y se interesaba por el farol allí colgado, escuchando las risas en los jardines, tras las puertas que jamás había visto abiertas. A veces subía una anciana, ayudándose con la barandilla de hierro, negra y reluciente, sujeta a la muralla de la derecha; una señora se apoyaba en su sombrilla como si fuese un bastón; una panda de chiquillos bajaba a toda velocidad, pisando fuerte con los zapatos. Pero casi siempre estaba ella sola, y le resultaba encantadora esta escalera recoleta y umbrosa, semejante a un camino hundido en el bosque. Una vez abajo, levantaba los ojos. La vista de esta pendiente tan recia, por la que acababa de aventurarse, le infundía un poco de miedo. Entraba en casa de la tía Fétu con el frescor y la paz del pasaje des Eaux en sus vestidos. Este agujero de miseria y dolor ya no la lastimaba. Se movía como en su casa, abriendo el redondo tragaluz para renovar el aire, cambiando la mesa de lugar cuando la molestaba. La desnudez de aquel desván, los muros encalados, los muebles lisiados, la devolvían a una existencia de simplicidad que a veces había soñado siendo muchacha. Pero lo que sobre todo la encantaba era la emoción enternecida en que allí vivía; su papel de enfermera, las continuas lamentaciones de la anciana; todo cuanto veía y sentía la hacía estremecerse con una inmensa compasión. Acabó esperando con verdadera impaciencia la visita del doctor Deberle. Le interrogaba sobre el estado de la tía Fétu; luego, por un momento, hablaban de otras cosas, de pie, uno junto al otro, mirándose a la cara. Cierta intimidad se establecía entre ellos. Se sorprendían descubriendo que tenían gustos iguales. A menudo se comprendían sin abrir los labios, con el corazón repleto de la misma caridad desbordante. Y nada era más dulce para Elena que esta simpatía que se iba ligando fuera de las circunstancias ordinarias y a la que cedía sin resistencia, enternecida por la compasión. Primero el doctor le había dado miedo; en su salón hubiese mantenido la frialdad desconfiada propia de su naturaleza; pero allí se encontraban lejos del mundo, compartiendo la única silla, casi felices por estas cosas feas y pobres que los acercaban enterneciéndoles. Al cabo de la semana se conocían como si hubiesen vivido años uno al lado del otro. El cuchitril de la tía Fétu se llenaba de luz en esta comunión de su bondad. Entretanto la anciana se reponía muy lentamente. El médico la sorprendía y la acusaba de mimarse demasiado cuando le contaba que ahora tenía plomo en las piernas. Se quejaba constantemente, permanecía acostada de espaldas, agitando la cabeza, y cerraba los ojos como para dejarlos en libertad. Incluso un día pareció que se dormía; pero por debajo de los párpados, por un extremo de sus ojillos negros, los espiaba. Al fin tuvo que levantarse. Al día siguiente, Elena le trajo el vestido y la cofia que le había prometido. Cuando llegó el doctor, la vieja, de repente exclamó: — ¡Dios mío! ¡La vecina, que me encargó que cuidara de su cocido! Salió y cerró la puerta tras ella dejándolos solos. Primero continuaron su conversación sin darse cuenta de que estaban encerrados. El doctor insistía para que Elena bajara de vez en cuando a pasar la tarde en su jardín, en la calle Vineuse. — Mi esposa — dijo — tiene que devolverle la visita y le repetirá mi invitación... Le sentaría muy bien a su hija. — Si no es que me niegue, ni exijo que se me invite con grandes cumplidos — dijo ella riéndose —. Únicamente, me da miedo ser indiscreta... En fin, ya veremos. Siguieron y, al fin, el doctor se sorprendió. — ¿Dónde demonios habrá ido? Hace un cuarto de hora que salió por el cocido. Entonces Elena vio que la puerta estaba cerrada. Esto no la hirió de momento. Estaba hablando de la señora Deberle, de la que hacía un gran elogio a su marido. Pero, como el doctor no dejaba de volver la cabeza hacia la puerta, acabó por sentirse turbada. — Es muy raro que no vuelva — murmuró a su vez. Su conversación decayó. Elena, no sabiendo qué hacer, abrió el tragaluz, y cuando se volvió evitaron mirarse. Risas de niños entraron por el ventanuco que recortaba, muy alto, una luna azul en el cielo. Estaban completamente solos, libres de toda mirada, sin que pudieran ser vistos más que por aquel agujero redondo. Los niños callaron a lo lejos; un silencio estremecido reinó. A nadie se le ocurriría ir a buscarlos en aquel desván olvidado. Su confusión aumentaba. Entonces Elena, descontenta de sí misma, miró fijamente al doctor. — Estoy abrumado por las visitas — dijo éste de pronto —, y, puesto que no vuelve, me marchó. Y se fue. Elena se había sentado. La tía Fétu entró inmediatamente con un torrente de palabras. — ¡Ah!, no puedo ni arrastrarme; he tenido un desmayo... Entonces, ¿el buen señor se fue? Claro, aquí no hay comodidad alguna. Los dos

son unos ángeles del cielo, perdiendo el tiempo con una desgraciada como yo. Pero Dios es bueno y se lo pagará... Hoy el plomo se me ha bajado a los pies. He tenido que sentarme en un peldaño... Y no me di cuenta de nada; como no hacían ustedes ningún ruido... En fin, me gustaría tener unas sillas. Si por lo menos, tuviese una butaca... Mi colchón es muy malo. Cuando vienen ustedes, me da vergüenza... Toda la casa es de ustedes, y yo me echaría al fuego si fuese necesario. Bien lo sabe Dios, que muy a menudo se lo digo... ¡Oh, Dios mío! ¡Haced que el buen señor y la buena señora vean satisfechos todos sus deseos! En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Elena, escuchándola, experimentaba una turbación singular. El rostro abotargado de la tía Fétu la inquietaba. Nunca había sentido semejante malestar en la estrecha pieza. Notaba su sórdida pobreza, sufría por la falta de aire, por toda la degradación allí encerrada. Se apresuró a alejarse, fastidiada por las bendiciones con que la tía Fétu la perseguía. Otra tristeza la aguardaba en el pasaje des Eaux. En medio del pasaje, bajando a la derecha, se encuentra en la tapia una especie de excavación, algún pozo abandonado, cerrado con una reja. Desde hacía un par de días, al pasar, oía, viniendo del fondo de ese agujero, los maullidos de un gato. Cuando subía, los maullidos volvieron a empezar, pero tan lastimosos que hacían pensar que el gato estaba agonizando. Al pensar que el pobre animalito, tirado al viejo pozo, se estaba muriendo lentamente de hambre, se quebró de pronto el corazón de Elena. Apretó el paso, pensando que durante largo tiempo no osaría arriesgarse a lo largo de la escalera, por miedo a oír esos maullidos de muerte.

Era precisamente martes. Por la noche, a las siete, cuando Elena estaba terminando un pequeño justillo, sonaron los dos campanillazos habituales y Rosalía abrió la puerta diciendo: —Hoy es el señor cura quien llega primero... ¡Ah!, aquí tenemos al señor Rambaud. La cena fue muy alegre. Juana seguía mejor cada día y los dos hermanos, que la mimaban, lograron que comiese un poco de ensalada, que le gustaba mucho, pese a la prohibición formal del doctor Bodin. Luego, cuando pasaron a la habitación, la niña, atrevida, se colgó del cuello de su madre murmurando: —Te lo ruego, madre: llévame mañana a casa de esa viejecita. Pero el sacerdote y el señor Rambaud fueron los primeros en reprenderla. No se la podía llevar a casa de los pobres porque no sabía comportarse. La última vez había tenido dos desmayos, y durante tres días, incluso dormida, sus hinchados ojos lloriqueaban. —No, no — insistía—. No lloraré: lo prometo. Entonces, su madre la besó diciendo: —Es inútil, querida; la viejecita ya está buena... No volveré a salir y me quedaré todo el día contigo.

PRIMERA PARTE. Capítulo Cuarto. La siguiente semana, cuando la señora Deberle devolvió a la señora Grandjean su visita, se comportó con una amabilidad llena de halagos. Y en el umbral, cuando ya se iba, le dijo: —Ya sabe usted que me lo ha prometido... El primer día que haga buen tiempo, baja usted al jardín y se trae a Juana. Es una prescripción del doctor. Elena sonreía. —Sí, sí, estamos de acuerdo. Cuente con nosotras. Tres días después, una tarde luminosa de febrero, descendió, en efecto, con su hija. La portera les abrió la puerta de comunicación. Al fondo del jardín, en una especie de invernadero transformado en pabellón japonés, encontraron a la señora Deberle, que tenía a su lado a su hermana Paulina, las dos con las manos desocupadas, con las labores de bordado encima de una mesita, donde las habían abandonado sin acordarse más de ellas. — ¡Ah, cuánta amabilidad de su parte! —dijo Julieta—. Tenga, siéntese usted ahí... Paulina, empuja esta mesa... ¿Ve usted? Hace todavía un poco de fresco, y desde este pabellón vigilaremos perfectamente a los niños... Vamos, jugad hijos míos. Y andaos con cuidado de no caer. El amplio ventanal del pabellón estaba abierto y habían corrido a ambos lados las vidrieras en su marco, de modo que el jardín se extendía a nivel, como si estuviera en el umbral de una tienda de campaña. Era un jardín burgués, con césped en el centro y macizos de flores a los lados. Una sencilla verja lo cerraba por la calle Vineuse, sólo que había crecido allí una cortina tal de verdor, que desde la calle ninguna mirada podía atravesarla. Yedras, clemátides y madreselvas se pegaban y enroscaban a la verja, y tras este primer muro de follaje se levantaba otro, hecho de lilas y codesos. Incluso en invierno, las hojas perennes de las yedras y el entrecruzado de las ramas eran bastante para tapar la vista. Pero el gran encanto estaba al fondo, donde algunos árboles de alto oquedal, unos soberbios olmos, cubrían la negra pared de una casa de cinco pisos. En el estrangulamiento de las construcciones vecinas, ponían la ilusión de un rincón de parque, pareciendo agrandar desmesuradamente este jardincillo parisiense, que era barrido como si se tratara de un salón. Entre dos olmos pendía un columpio cuya tabla había enverdecido la humedad. Elena miraba, inclinándose para ver mejor. — ¡Oh, es un agujero! —dijo negligentemente la señora Deberle—. Pero en París los árboles son tan escasos... Nos hace felices tener media docena que sean nuestros. —No, no; están ustedes muy bien aquí. Esto es encantador. Aquel día de sol ponía en el cielo pálido un polvillo de luz dorada. Había, entre las ramas sin hojas, una suave lluvia de rayos de sol. Los árboles bermelleaban, las finas yemas violáceas hacían más tierno el tono gris de la corteza y sobre el césped, a lo largo de las avenidas, en las hierbas y en la gravilla, había puntos de luz ahogados y difundidos por una ligera bruma a ras de suelo. No había ni una flor; nada más que la alegría del sol sobre la tierra desnuda anunciaba la primavera. —Ahora, se ve todavía un poco triste — prosiguió la señora Deberle —. Ya verá usted: en junio está hecho un verdadero nido. Los árboles impiden que los vecinos puedan curiosear y entonces nos sentimos

verdaderamente en nuestra casa. Pero se interrumpió para gritar: — ¡Luciano! ¿Quieres hacer el favor de no tocar el agua? El chiquillo, que hacía los honores del jardín a Juana, acababa de llevarla ante una fuente, bajo la escalinata, y allí le había dado la vuelta al grifo, acercando la punta de sus zapatos para mojarlos. Era un juego que le encantaba. Juana, muy formal, le miraba como se mojaba los pies. — Espera — dijo Paulina levantándose —; voy a hacer que se esté quieto. Julieta la retuvo. — No, no, tú eres más locada que él. El otro día parecía como si hubieseis tomado un baño los dos... Es curioso que una muchacha mayor no pueda estar un momento tranquila. Y, volviéndose: — ¿Me oyes, Luciano? Cierra el grifo en seguida. El niño, azorado, quiso obedecer. Pero dio la vuelta al revés a la llave y el agua corrió con una fuerza y un ruido que acabaron de hacerle perder la cabeza. Se echó para atrás, salpicado de agua hasta los hombros. — ¡Cierra el grifo en seguida! — repitió su madre, cuyas mejillas se sonrojaron con una oleada de sangre. Juana, callada hasta entonces, se acercó a la fuente con toda clase de precauciones, mientras Luciano rompía a llorar ante aquella agua furiosa que le daba miedo y no sabía detener. Ella apretó su faldita entre las piernas, alargó sus desnudas muñecas para no mojarse las mangas y cerró el grifo sin recibir ni una sola salpicadura. De inmediato el diluvio cesó. Luciano, sorprendido, lleno de respeto, se tragó las lágrimas y levantó sus grandes ojos hacia la señorita. — Verdaderamente, este niño me saca de quicio — dijo la señora Deberle, que había palidecido y parecía muy fatigada. Elena creyó que debía intervenir. — Juana, cógelo de la mano. Jugad a pasearos. Juana cogió la mano de Luciano y, muy formalitos, se fueron por las avenidas dando pasitos. Ella era mucho más alta que el niño, por lo que éste tenía que levantar el brazo; pero este juego majestuoso que consistía en dar vueltas ceremoniosamente en torno del césped parecía absorberlos a uno y otro y dar una gran importancia a sus personas. Juana, como una verdadera señora, tenía la mirada vaga y ausente. Luciano, de vez en cuando, no podía evitar lanzar una mirada a su compañera. No se decían ni una palabra. — Son divertidos — murmuró la señora Deberle, sonriente y tranquila—. Hay que confesar que su Juana es una chiquilla encantadora... Se la ve tan obediente, tan juiciosa... — ¡Oh!, cuando está en casa de los demás — contestó Elena—. Tiene momentos terribles. Pero, como me adora, procura ser juiciosa para no darme pena. Y ambas siguieron hablando de niños. Las chicas eran más precoces que los muchachos. No obstante, no había que fiarse del aire embobado de Luciano. Antes de un año, en cuanto se espabilara un poco, sería muy atrevido. Y, sin transición aparente, acabaron hablando de una mujer que habitaba un pequeño chalet enfrente y en cuya casa ocurrían cosas que... verdaderamente... La señora Deberle se detuvo para decir a su hermana: — Paulina, vete un momento al jardín. La jovencita salió tranquilamente y se quedó bajo los árboles. Estaba acostumbrada a que la echaran fuera siempre que en una conversación aparecía algo demasiado fuerte de lo que no se podía hablar delante de ella. — Ayer yo estaba en la ventana — prosiguió Julieta — y vi perfectamente a esa mujer... Ni siquiera corre las cortinas... ¡Es de una indecencia! Los niños podrían verlo. Hablaba muy bajito, con aire escandalizado y, no obstante, con una leve sonrisa en la comisura de los labios. Después, levantando la voz, gritó: — Paulina, ya puedes volver. Bajo los árboles, Paulina miraba al aire con gesto indiferente, esperando que su hermana hubiese terminado. Entró en el pabellón y cogió de nuevo su silla mientras Julieta seguía dirigiéndose a Elena: — ¿Usted, señora, nunca ha visto nada? — No — respondió ésta —: mis ventanas no dan al chalet. Aun cuando había habido una laguna para la jovencita en la conversación, escuchaba, pálida y con rostro de virgen, como si hubiese comprendido. — ¡Bueno! — dijo mirando todavía al aire a través de la puerta—. Hay una multitud de nidos en los árboles. Entre tanto, la señora Deberle había cogido de nuevo su labor de bordado para darse cierto aplomo. Daba un par de puntadas cada minuto. Elena, que no podía permanecer sin hacer nada, pidió permiso para traer su labor la próxima vez. Con un ligero aburrimiento, se volvió y examinó el pabellón japonés. Las paredes y el techo, estaban tapizados con telas de brocado de oro, con vuelos de grullas, mariposas y flores deslumbrantes, paisajes en los que azules barcas navegaban por ríos amarillos. Había asientos y jardineras de madera, de hierro, finas esterillas sobre el suelo y, abarrotando los muebles de laca, todo un mundo de chucherías, pequeños bronce, cacharritos, raros juguetes abigarrados de vivos colores. En el fondo, una figura grotesca en porcelana de Sajonia, con las piernas replegadas, el vientre desnudo y desbordante, rebosaba una alegría enorme y balanceaba furiosamente la cabeza al más ligero impulso. — ¡Qué feo es! ¿verdad? — exclamó Paulina, que había seguido las miradas de Elena—. Dime, hermanita: ¿te das cuenta de que todo lo que has comprado es de pacotilla? El flamante Malignon llama a tu pabellón japonés un bazar de «todo a peseta»... Por cierto que me he encontrado a tu flamante Malignon. Iba con una señora; ¡bueno!, una señora... La pequeña Florence, del «Variétés». — Dime dónde, para que pueda tomarle el pelo — preguntó Julieta con interés. — Por el bulevar... ¿Es que hoy no va a venir? Pero no recibió ninguna contestación. Las señoras se inquietaban por los niños, que habían desaparecido. ¿Adónde se habrían metido? Cuando los llamaron se levantaron dos voces. — ¡Estamos aquí! Allí estaban, en efecto, en medio del césped, sentados sobre la hierba y ocultos por un bonetero. — ¿Qué estáis haciendo ahí? — Hemos llegado al albergue — dijo Luciano—. Estamos descansando en nuestra habitación. Por un momento los contemplaron muy

divertidas. Juana se prestaba al juego, complacida. Cortaba hierba a su alrededor, sin duda para preparar el almuerzo. El baúl de los viajeros estaba representado por un pedazo de madera que habían cogido del fondo de un macizo. Ahora se hablaban. Juana se entusiasmaba repitiendo, convencida, que estaban en Suiza y que iban a partir para visitar los ventisqueros, cosa que parecía dejar estupefacto a Luciano. — ¡Anda! ¡Ahí le tenemos! —dijo de pronto Paulina. La señora Deberle se volvió y vio a Malignon, que bajaba la escalinata. Apenas le concedió tiempo para saludar y sentarse. — ¡Bien! Es muy amable de su parte ir por el mundo diciendo que en mi casa no hay más que pacotilla. — ¡Ah, sí, este saloncito! —respondió él tranquilamente—. Claro que se trata de chatarra. No tiene usted ni un solo objeto que valga la pena mirar. Ella estaba muy indignada. —Pero ¿y la figura de Sajonia? —Nada, nada, todo esto es de una ramplonería... Hace falta tener gusto. No quiso usted encargarme de la decoración... Entonces ella le interrumpió muy colorada y llena de indignación. — ¡Podemos hablar de su gusto! ¡Tiene gracia su gusto! Le han Visto a usted con una señora... — ¿Qué señora? —preguntó él sorprendido ante la violencia del ataque. —Bonita elección; le felicito. Una mujerzuela que todo París... Pero se calló viendo a Paulina. Se había olvidado de ella. —Paulina —dijo—, vete un momento al jardín. — ¡Ah, no! Al final se cansa una —declaró la jovencita, que se rebelaba—. Siempre me estáis fastidiando. —Vete al jardín —repitió Julieta con más severidad. La joven se fue gruñendo. Luego se volvió para añadir: —Por lo menos, daos prisa. En cuanto ella no estuvo, la señora Deberle cayó de nuevo sobre Malignon. ¿Cómo era posible que un joven distinguido como él pudiese mostrarse en público con la tal Florence? Seguro que había cumplido los cuarenta, y era tan fea que daba miedo; desde las primeras representaciones ya la tuteaba toda la platea. — ¿Habéis terminado? —chilló Paulina, que estaba paseándose bajo los árboles con gesto mohíno—. Yo me aburro. Pero Malignon se defendía. No conocía a esa Florence; nunca le había dirigido la palabra. Podían haberle visto con una dama, pues algunas veces acompañaba a la esposa de uno de sus amigos. Por otra parte, ¿quién era la persona que le había visto? Hacían falta pruebas, testigos. —Paulina —preguntó bruscamente la señora Deberle levantando la voz—, ¿no es verdad que le viste con Florence? —Sí, sí —respondió la joven—. En el bulevar, delante de casa Bignon. Entonces la señora Deberle, victoriosa ante la sonrisa confundida de Malignon, gritó: —Ya puedes volver, Paulina. Esto ha terminado. Malignon tenía un palco para el día siguiente en las «Folies Dramatiques». Lo ofreció galantemente sin parecer que guardaba rencor a la señora Deberle; por otra parte, siempre estaban peleándose. Paulina quiso saber si ella podría ir a ver la comedia que se representaba, y como Malignon reía moviendo la cabeza, dijo que la cosa era muy tonta y que los autores deberían escribir comedias para las jovencitas. Sólo le permitían ver la Dame blanche y el teatro clásico. Mientras tanto, las señoras habían dejado de vigilar a los niños. De pronto, Luciano lanzó unos gritos terribles. — ¿Qué le hiciste, Juana? —preguntó Elena. —No le he hecho nada, mamá —respondió la chiquilla—. Ha sido él, que se ha tirado al suelo. La verdad es que los niños acababan de partir hacia los famosos ventisqueros. Como Juana pretendía que habían llegado a las montañas, ambos levantaban los pies muy arriba para poder trepar por las rocas. Pero Luciano, agotado por este ejercicio, había dado un paso en falso y se había quedado tendido en medio de un arriate. Una vez en el suelo, muy ofendido, había cogido una rabieta de chiquillo y se había echado a llorar. —Levántalo —gritó de nuevo Elena. —No quiere, mamá. Se está revolcando. Juana retrocedía, molesta y enfadada, viendo a un muchacho tan mal educado. No sabía jugar, y seguro que acabaría manchándola. Adoptó un gesto de duquesa a la que se ha puesto en ridículo. Entonces la señora Deberle, irritada por los gritos de Luciano, dijo a su hermana que le levantara y le hiciera callar. Paulina no deseaba otra cosa. Corrió, se echó al suelo al lado del niño y durante un momento se revolcó con él. Pero el niño se defendía y no quería que le cogieran. Pero Paulina se levantó y, manteniéndole cogido de los brazos, le dijo para calmarle: — ¡Cállate, chillón! Vamos a columpiarnos. Luciano se calló en el acto. Juana dejó su gesto grave y una ardiente alegría iluminó su rostro. Los tres corrieron hacia el columpio; pero fue Paulina la que se sentó en la banqueta. —Empujadme —dijo a los niños. La empujaron con todas las fuerzas de sus manitas; pero era muy pesada y apenas lograban moverla. — ¡Venga, empujad! —repetía ella—. Pero ¡qué tontos son! No saben. En el pabellón, la señora Deberle acababa de sentir un ligero escalofrío. Pese al sol, encontraba que ya no hacía calor. Había rogado a Malignon que le acercara un albornoz blanco, de cachemira, que estaba colgado de una fálleba. Malignon se había levantado para colocárselo encima de los hombros. Ambos charlaban familiarmente de cosas que en nada interesaban a Elena, de modo que, inquieta por el temor de que Paulina, sin querer, hiciera caer a los niños, se fue hacia el jardín dejando que Julieta y el joven siguieran discutiendo sobre una moda de sombreros que los apasionaba. En cuanto Juana vio a su madre, se le acercó mimosa, convirtiendo su ademán en una súplica: — ¡Oh mamá, mamá!... —murmuraba. —No, no —respondió Elena, que la comprendió en el acto—. Ya sabes que te está prohibido. A Juana le encantaba columpiarse. Decía que era como si se convirtiera en un pájaro. Este viento que le daba en la cara, este súbito vuelo este vaivén seguido y rítmico como un aleteo, le causaban la deliciosa emoción de un paseo por las nubes. Creía subir hacia lo alto; pero estas cosas

siempre terminaban mal. Una vez la encontraron aferrada a las cuerdas del columpio, desvanecida, con los ojos abiertos, llenos del espanto del vacío. Otra vez se había caído, rígida como una golondrina herida por una perdigonada. — ¡Oh mamá! — insistió—. Un poco nada más, sólo un poquito... Su madre, para que la dejara en paz, la sentó al fin sobre la banqueta. La niña, radiante de satisfacción, tenía una expresión entusiasta y un ligero temblor de gozo agitaba sus muñecas desnudas. Y, viendo que Elena la balanceaba muy suavemente: — Más fuerte, más fuerte — exclamaba. Pero Elena no le hacía caso y no soltaba la cuerda. También ella se entusiasmaba, con las mejillas sonrosadas, vibrando con los empujones que ella misma daba a la banqueta. Su habitual seriedad iba convirtiéndose en cierta camaradería con su hija. — Ya basta — dijo, cogiendo a Juana en brazos. — Entonces, colúmpiate tú; por favor, colúmpiate — dijo la niña, que se había quedado colgada de su cuello. La entusiasmaba ver volar a su madre, como ella decía, y le gustaba más mirarla que columpiarse ella misma. Pero Elena le preguntó riendo quién iba a empujarla, ya que cuando ella jugaba la cosa iba en serio e iba a subirse más alto que los árboles. Precisamente en aquel instante apareció el señor Rambaud, acompañado de la portera. Había conocido a la señora Deberle en casa de Elena y creyó que podía presentarse al no encontrar a ésta en su departamento. La señora Deberle se mostró muy amable, complacida por la simplicidad del buen señor. Luego se enfrascó de nuevo en una viva discusión con Malignon. — ¡Nuestro buen amigo va a empujarte! ¡El buen amigo va a empujarte! — gritaba Juana, saltando alrededor de su madre. — ¿Quieres callarte? No estamos en nuestra casa — dijo Elena fingiendo un aire de seriedad. — ¡Vaya! — murmuró el señor Rambaud—. Si esto las divierte, estoy a su entera disposición. Puesto que estamos en el campo... Elena se dejaba tentar. Cuando era jovencita se columpiaba horas y horas, y aquellos lejanos recuerdos despertaban en ella un oscuro deseo. Paulina, que con Luciano se había sentado al borde del césped, intervino con sus modales libres de muchacha emancipada. — Sí, sí; el señor va a empujarla... Después me empujará a mí. ¿Verdad, señor, que querrá empujarme? Esto decidió a Elena. Bajo la fría corrección de su gran belleza, su juventud estalló con una ingenuidad encantadora. Se manifestaba sencilla y alegre como una colegiala. Además, nada tenía de gazmoña. Riéndose, dijo que no quería enseñar las piernas y pidió una cuerdecilla con la que se ató las faldas por encima de los tobillos. Después, puesta de pie encima de la banqueta, con los brazos abiertos sujetándose en las cuerdas, gritó alegremente: — ¡Vamos, señor Rambaud!... Suavemente para empezar. El señor Rambaud había colgado su sombrero en una rama. Su cara ancha y bondadosa se iluminó con una sonrisa paternal. Se aseguró de la solidez de las cuerdas, miró a los árboles y se decidió a dar un ligero empujón. Elena acababa de quitarse el luto. Llevaba un traje gris adornado con nudos de cinta color malva. Erguida, pasaba lentamente, a ras de tierra, como acunada. — ¡Venga, venga! — dijo. Entonces el señor Rambaud, con los brazos hacia delante, cogió la tablilla al pasar y le imprimió un movimiento más vivo. Elena subía y a cada impulso iba más alto en el espacio; pero el ritmo conservaba cierta gravedad. Se la seguía viendo correcta, un tanto seria, muy claros sus ojos en el hermoso rostro silencioso; sólo las aletas de su nariz hinchaban como para tragar el viento. No se había alterado ni un pliegue de sus faldas. Una de las trenzas de su moño se estaba deshaciendo. — ¡Venga, venga! Una brusca sacudida la levantó. Subía hacia el cielo, cada vez más arriba. Una brisa se desprendía de ella y soplaba sobre el jardín: pasaba tan rápida, que no se la distinguía con claridad. Ahora sonreía, su cara estaba sonrosada y sus ojos brillaban como estrellas. La trenza desprendida golpeaba su cuello. Pese a la cuerdecilla que las ataba, las faldas se agitaban dejando al descubierto la blancura de los tobillos. Se la notaba tranquila, respirando a sus anchas, viviendo en el aire como si estuviera en su elemento. — ¡Venga, venga! El señor Rambaud, bañado en sudor, con la faz colorada, desplegó toda su fuerza. Hubo un chillido. Elena seguía subiendo más y más. — ¡Oh mamá, mamá! — repetía Juana en pleno éxtasis. Se había sentado en el césped y contemplaba a su madre con las manitas apretadas contra el pecho, como si fuera ella la que tragaba toda aquella brisa que soplaba. Le faltaba aliento. Instintivamente seguía con una cadencia de los hombros las amplias oscilaciones del columpio. Y gritaba: — ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! Su madre seguía elevándose. En lo alto, sus pies rozaban las ramas de los árboles. — ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Oh..., más fuerte, mamá! Pero Elena estaba ya en pleno cielo. Los árboles se doblegaban y crujían como bajo el vendaval. Sólo se veía el torbellino de sus faldas, que crujían con un son de tempestad. Cuando descendía, con los brazos extendidos y el pecho hacia delante, agachaba un poco la cabeza y parecía planear por un momento; luego un nuevo impulso la arrebatava, echada hacia atrás la cabeza abandonada, huidiza y transida, cerrando los párpados. Este era su placer, estas subidas y bajadas que le causaban vértigo. En lo alto, penetraba en el sol, en este sol rubio de febrero, del que llovía como un polvo de oro. Sus cabellos castaños, de reflejos ambarinos, se encendían, y se hubiese dicho que toda ella estaba ardiendo, mientras los nudos de las cintas de seda malva, semejantes a flores de fuego, relucían sobre su vestido blanquecino. A su alrededor nacía la primavera, los brotes violáceos ponían su fino tono de laca bajo el azul del cielo. Entonces Juana juntó las manos. Su madre le parecía una santa, con su nimbo de oro, volando hacia el paraíso. Y siguió balbuceándose con su voz quebrada: — ¡Oh mamá! ¡Oh mamá! Entre tanto, la señora Deberle y

Malignon, interesados, avanzaban bajo los árboles. A Malignon le parecía que aquella señora era muy valiente, y la señora Deberle dijo con gesto asustado: —Estoy segura de que a mí me fallaría el corazón. Elena debió de oírla, pues, desde lo alto de las ramas, dejó caer estas palabras: — ¡Oh!, mi corazón es fuerte... ¡Venga, venga ya, señor Rambaud! Su voz, en efecto, seguía tranquila. Parecía no preocuparse por los dos hombres que allí estaban. No cabe duda de que no los tomaba en cuenta. La mata de su pelo se había soltado; la cuerdecilla debió de escurrirse y sus faldas hacían el mismo ruido que una bandera. Estaba subiendo. Pero de pronto exclamó: —Basta, señor Rambaud, ¡basta! En la escalinata acababa de aparecer el doctor Deberle. Se acercó, besó tiernamente a su esposa, levantó a Luciano y le besó en la frente. Luego miró a Elena sonriente. — ¡Basta, basta! —siguió diciendo ésta. —Pero ¿por qué? —preguntó el doctor—. ¿Soy yo quien estorba? Ella no contestó. Se había puesto seria. El columpio, lanzado con todo su impulso, no se paraba; seguía con sus amplias oscilaciones regulares, que todavía levantaban a Elena muy arriba. Y el doctor, sorprendido y encantado, la admiraba, viéndola tan magnífica, alta y fuerte, con su pureza de estatua antigua, balanceada así, muellemente, bajo el sol primaveral. Pero ella parecía irritada, y bruscamente saltó. — ¡Espere! ¡Espere! —gritó todo el mundo. Elena lanzó un sordo quejido. Había caído sobre la gravilla y no podía levantarse. — ¡Qué imprudencia, Dios mío! —dijo el doctor con la cara pálida. Todos se agruparon a su alrededor. Juana lloraba tan fuerte, que el señor Rambaud, pese a que él mismo desfallecía, tuvo que cogerla en brazos. Mientras tanto, el doctor interrogaba ansiosamente a Elena. —Es en la pierna derecha donde se hizo usted daño, ¿verdad? ¿No puede usted ponerse de pie? Y, como ella seguía aturdida, sin contestar, él preguntó de nuevo: — ¿Le duele? —Un dolor sordo, aquí, en la rodilla —dijo ella penosamente. Entonces él mandó a su esposa a que fuera por el botiquín y unos vendajes, mientras repetía: —Hay que verlo, hay que verlo... Seguro que no será nada. Luego se arrodilló sobre la gravilla. Elena le dejaba hacer. Pero, en cuanto acercó las manos, se incorporó con un esfuerzo y apretó las faldas alrededor de los tobillos. —No, no —murmuró. —No obstante, hay que verlo —insistió él. Elena se estremecía ligeramente y con voz muy baja repuso: —No quiero... No es nada. El la miró, sorprendido de pronto. El rubor le subía a la cara; durante un instante, sus ojos se encontraron y parecieron leer hasta el fondo de sus almas. Entonces, turbado él también, se levantó con lentitud y quedó a su lado, sin volver a insistir en reconocerla. Elena, con un gesto, había llamado al señor Rambaud y le dijo al oído: —Vaya a buscar al doctor Bodin y cuénteles lo que me ha ocurrido. Diez minutos más tarde, cuando llegó el doctor Bodin, se puso de pie con un valor sobrehumano y, apoyándose en él y en el señor Rambaud, subió a su casa. Juana los seguía, sacudida por los sollozos. —Le espero —había dicho el doctor Deberle a su colega—. Venga usted a tranquilizarnos. En el jardín se conversó animadamente. Malignon decía que las mujeres tienen todas la cabeza a pájaros. ¿Por qué diablos se le había ocurrido saltar a esa señora? A Paulina, fastidiada por una aventura que la privaba de una diversión, la parecía imprudente hacerse columpiar con tanta fuerza. El médico no hablaba y parecía preocupado. —Nada grave —dijo el doctor Bodin al descender—. Un simple esguince... Tendrá que permanecer tendida en su canapé por lo menos durante quince días. El señor Deberle dio unos golpecitos amistosos en el hombro de Malignon. Quiso que su mujer entrase en la casa, pues decididamente hacía ya demasiado fresco. Y, cogiendo a Luciano, se lo llevó con él, cubriéndole de besos. PRIMERA PARTE. Capítulo Quinto. Las dos ventanas de la habitación estaban abiertas de par en par, y en el abismo que se abría al pie de la casa, levantada a pico en lo alto, París extendía su inmensa llanura. Estaban dando las diez y la hermosa mañana de febrero tenía la suavidad y el perfume de la primavera. Elena, tendida en su canapé, con la rodilla todavía vendada, leía ante una de las ventanas. Ya no le dolía; pero desde hacía ocho días se veía clavada allí sin poder trabajar ni siquiera en su labor de costura habitual. Sin saber qué hacer, había cogido un libro olvidado sobre la mesita, a pesar de que no leía jamás. Era el libro que utilizaba todas las noches para disimular la lamparilla, el único que en dieciocho meses había sacado de la pequeña biblioteca abastecida por el señor Rambaud a base de obras honestas. Por lo general, las novelas le parecían falsas y pueriles. Esta, el *Ivanhoe* de Walter Scott, primero la había aburrido mucho; luego le había entrado una rara curiosidad. Lo estaba terminando, conmovida a veces, acometida de cierta lasitud que hacía que se le cayera de las manos durante largos minutos, con la mirada perdida en el vasto horizonte. Aquella mañana, París ponía una perezosa sonrisa en despertar. Una neblina, que seguía el cauce del Sena, cubría las dos orillas. Era como un vaho ligero y lechoso que el sol, que se agrandaba poco a poco, iba iluminando. No se distinguía nada de la ciudad, bajo aquella muselina flotante, color del tiempo. En las hondonadas, la nube más densa se oscurecía con un tono azulado, mientras que en los espacios más amplios se producían transparencias de extremada finura, polvo dorado por el que se adivinaba la profundidad de las calles; más en lo alto, cúpulas y flechas desgarraban la bruma, irguiendo sus siluetas grises, envueltas todavía por los jirones de nube que horadaban. Por momentos, masas de humo amarillo se desprendían como bajo el pesado aletazo de un pájaro gigante y luego se fundían en el aire, que parecía absorberlas. Y por encima de esta inmensidad, de este nubarrón descendido y dormido sobre París, un cielo muy puro, de un azul pálido, casi blanco, desplegaba su bóveda

profunda. El sol ascendía con una polvoreda suave de rayos. Una claridad rubia, de ese rubio inconcreto de la infancia, se quebraba en lluvia, llenando el espacio con su tibieza temblorosa. Era una fiesta, una soberana paz y una alegría tierna de infinito, mientras que la ciudad, acribillada de saetas de oro, perezosa y soñolienta, no acababa de decidirse a mostrarse bajo sus encajes. Desde hacía ocho días, Elena tenía como diversión este gran París extendido ante ella. Jamás llegaba a cansarla. Era insondable y cambiante como un océano, cándido por la mañana y llameante por la tarde, apropiándose las alegrías y las tristezas de los cielos que reflejaba. Un rayo de sol lo anegaba en polvo de oro, un nubarrón lo ensombrecía levantando tempestades. Se renovaba constantemente: era de una plácida calma, color naranja, o lleno de vendavales que, en menos de una hora lo ensombrecían todo con un color plomizo, o vivo y brillante que encendían una claridad en la cresta de cada techumbre, o lleno de chaparrones que ahogaban el cielo y la tierra, borrando el horizonte en el hundimiento del caos. Elena gozaba en él todas las melancolías y todas las esperanzas del mar abierto; creía incluso notar en el rostro su fuerte soplo, su olor amargo, y el rumor constante de la ciudad le traía la ilusión de la marea creciente, azotando las rocas de un acantilado. El libro resbaló de sus manos. Estaba soñando, con la mirada perdida. Cuando lo soltaba así, era por la necesidad de no seguir, de comprender y de esperar. Le complacía no satisfacer de inmediato su curiosidad. El relato hinchaba su pecho con una emoción que la ahogaba. Precisamente esta mañana, París, sentía la misma alegría y la misma turbación de su corazón. Había en ello un gran encanto: ignorar, adivinar a medias, abandonarse a una lenta iniciación, con la obscura sensación de que su juventud volvía a comenzar. ¡Cuán engañosas eran estas novelas! Hacía bien en no leerlas jamás. Eran historias para cabezas vacías que no captan el verdadero sentido de la vida. Y, no obstante, se sentía seducida; pensaba inevitablemente en el caballero Ivanhoe, tan apasionadamente amado por las dos mujeres: Rebeca, la bella judía, y la noble lady Rowena. Le parecía que ella hubiese amado con la altivez y la paciente serenidad de esta última. ¡Amar, amar! Esta palabra, que no llegaba a pronunciar pero que vibraba en ella, la sorprendía y la hacía sonreír. A lo lejos, unos copos pálidos nadaban sobre París, arrastrados por la brisa, semejantes a una bandada de cisnes. Grandes lienzos de niebla se desplazaban. Por un momento, apareció la orilla izquierda, temblorosa y velada como una ciudad fantástica vista entre sueños; pero una masa de vapor se derrumbó, y esta ciudad fue absorbida bajo el desbordamiento de una inundación. Entretanto, los vapores extendidos por igual sobre los barrios, formaban un hermoso lago de aguas blancas y unidas. Únicamente, una corriente más densa marcaba con una curva gris el cauce del Sena. Lentamente, sobre estas aguas blancas, tan tranquilas, las sombras parecían hacer navegar unos bajeles de rosadas velas, que la joven seguía con mirada soñadora. ¡Amar, amar! Y sonreía de su sueño flotante. No obstante, Elena cogió de nuevo su libro. Había llegado al episodio del asalto al castillo, cuando Rebeca cuida a Ivanhoe herido y le informa sobre el curso de la batalla que va siguiendo por la ventana. Se sentía inmersa en una famosa ficción, por la que se paseaba como por un jardín ideal, de frutos dorados y en el que satisfacía todas sus ilusiones. Luego, al final de la escena, cuando Rebeca envuelta en su velo, expresa su ternura junto al caballero dormido, Elena dejó caer de nuevo su libro, con el corazón tan repleto de emociones que le era imposible continuar. ¡Dios mío! Pero ¿es que todas estas cosas eran verdad? Y, reclinada en su canapé, entumecida por la inmovilidad que se veía obligada a mantener, contemplaba París sumergido y misterioso, bajo el dorado sol. Entonces, evocada por las páginas de la novela, se irguió su propia existencia. Se vio de jovencita, en Marsella, en casa de su padre el sombrerero Mouret. La calle des Petites-Maries estaba negra, y la casa con su tina de agua hirviendo para la fabricación de los sombreros, exhalaba, incluso cuando hacía buen tiempo, un olor insípido a humedad. Vio también a su madre, siempre enferma, que la besaba con sus labios pálidos, sin hablar. Nunca había visto un rayo de sol en su habitación de niña. A su alrededor había mucho trabajo y se ganaba, con mucho esfuerzo, una holgura de obrero. Y esto era todo: hasta que llegó su boda, nada se interpuso en esta sucesión de días semejantes. Una mañana, al volver con su madre del mercado, había rozado con su cesta llena de legumbres al joven Grandjean. Carlos se había dado la vuelta y las había seguido. Allí estaba toda la novela de sus amores. Durante tres meses se lo encontró constantemente, humilde y torpe, sin atreverse a acercársele. Tenía ella diecisiete años y se sentía un tanto orgullosa de este enamorado que, ella lo sabía, pertenecía a una familia rica. Pero lo encontraba feo, se burlaba a menudo de él y dormía tranquilamente por las noches en la sombra de la gran casa húmeda. Luego los habían casado. Este matrimonio la sorprendía todavía. Carlos la adoraba; por la noche, cuando ella se acostaba, se arrodillaba en el suelo para besar sus pies desnudos. Ella sonreía amistosa y le reñía por ser tan chiquillo. Comenzó entonces una vida gris. No recordaba que, durante doce años, se hubiese producido el menor incidente. Ella se sentía tranquila y muy feliz, sin fiebre en la carne ni en el corazón, absorta en las preocupaciones cotidianas de un matrimonio pobre. Carlos seguía besando sus pies de mármol mientras ella se mostraba con él indulgente y maternal. Nada más. Y, de pronto, vio la habitación del Hôtel du Var, su marido muerto y su traje de viuda tendido sobre una silla. Había llorado, igual que llorara aquella noche de invierno en que había muerto su madre. Luego habían pasado los días. Al cabo de dos

meses, se sentía de nuevo feliz y muy tranquila, en compañía de su hija. ¡Dios mío! ¿Era esto todo? Entonces, ¿qué decía este libro cuando hablaba de los grandes amores que iluminan toda una existencia? Por el horizonte, sobre el lago dormido, corrían largos estremecimientos. Luego, el lago, de pronto, pareció reventar; se producían grietas y, de un extremo a otro, los crujidos anunciaban el desastre. El sol, más alto, en el esplendor triunfante de sus rayos, atacaba victoriosamente la niebla. Poco a poco, el gran lago parecía secarse, como si algún desagüe invisible hubiese vaciado el llano. Los vapores, hasta hacía un momento tan profundos, adelgazaban, se hacían transparentes y tomaban las vivas coloraciones del arco iris. Toda la orilla izquierda era de un azul tierno, que oscurecía, haciéndose violáceo en el fondo, hacia el lado del Jardín de las Plantas. Sobre la orilla derecha, el barrio de las Tullerías tenía el rosa pálido de una tela color carne, mientras que hacia Montmartre era como un resplandor de brasa, como carmin ardiendo en oro; luego, más a lo lejos, los arrabales obreros se ensombrecían con un tono color ladrillo, cada vez más apagado, pasando hasta el gris azulado de la pizarra. No se adivinaba todavía la ciudad temblorosa y huidiza, como uno de esos fondos submarinos que la vista adivina en las aguas transparentes, con sus bosques terroríficos de altas hierbas, sus hornigueos llenos de horror, sus monstruos apenas entrevistos. Entretanto, las aguas seguían bajando. No eran más que finas muselinas desparramadas, y a medida que las muselinas iban desapareciendo, la imagen de París se acentuaba y salía del sueño. ¡Amar, amar! ¿Por qué esta palabra volvía a ella con tal dulzura mientras contemplaba la desaparición de la niebla? ¿Acaso no había amado a su marido, al que cuidara como a un niño? Pero un punzante recuerdo despertó; el de su padre, que habían encontrado ahorcado tres semanas después de la muerte de su esposa, en el fondo de un gabinete donde seguían colgados los trajes de aquella. Allí agonizaba, rígido, la cara hundida en una faldita, envuelto por esos trajes que exhalaban un poco el perfume de quien siempre había adorado. Luego; en su evocación, se produjo un salto brusco; pensó en detalles hogareños, en las cuentas del mes que la misma mañana había repasado con Rosalía, y se sintió muy orgullosa de su buen orden. Había vivido más de treinta años con una dignidad y una firmeza absolutas. Sólo le apasionaba la justicia. Cuando interrogaba su pasado, no encontraba una hora de debilidad y se veía siguiendo con paso regular una ruta siempre derecha e igual. Los días podían pasar, ella seguiría su camino tranquila, sin que sus pies tropezaran con ningún obstáculo. Y esto hacía más severa su cólera y menosprecio contra estas existencias mentirosas cuyo heroísmo turba los corazones. La única verdadera era la suya, que se desarrollaba en medio de tan amplia paz. Ya sobre París quedaba tan sólo una tenue humareda, una suave gasa temblorosa, pronta a desaparecer; y una súbita ternura se apoderó de ella. ¡Amar, amar! Todo la hacía volver a la caricia de esta palabra, incluso el orgullo de su honestidad. Su sueño se hizo tan ligero, que dejó de pensar, bañada por la primavera y con los ojos humedecidos. Iba Elena a tomar de nuevo su libro, cuando París apareció lentamente. No había habido ni un soplo de viento: fue como una evocación. La última gasa se desprendió, se alzó y se desvaneció en el aire. La ciudad se extendía sin una sombra, bajo el sol triunfante. Ella se quedó con el mentón apoyado en una mano, contemplando este despertar colosal. Todo un valle sin fin, de construcciones apiñadas. Sobre la línea perdida de las lomas, destacaba la aglomeración de los tejados, mientras se adivinaba el oleaje de las casas encrespase a lo lejos, tras los repliegues del terreno, hacia una campiña que no se veía ya. Era el mar abierto con lo infinito y desconocido de sus olas. París se desplegaba tan grande como el cielo. Bajo esta mañana radiante, la ciudad, amarilla de sol, parecía un campo de espigas maduras; y el inmenso cuadro tenía una gran simplicidad, hecha de dos tonos solamente: el azul pálido del aire y el reflejo dorado de los tejados. La lluvia de estos rayos primaverales daba a las cosas una gracia pueril. Tan pura era la luz, que se distinguían con nitidez los más pequeños detalles. París, en el caos inextricable de sus piedras, lucía como un cristal. De vez en cuando, no obstante, por esta serenidad resplandeciente e inmóvil, un soplo pasaba; y entonces se veían barrios en los que las líneas se suavizaban y temblaban, como si se las hubiese mirado a través de alguna llama invisible. Elena, primero, se interesó por las amplias extensiones que se desarrollaban bajo sus ventanas, por la pendiente del Trocadero y el despliegue de los muelles. Tenía que asomarse para ver el cuadro desnudo del Campo de Marte, cerrado al fondo por la barra sombría de la Escuela Militar. Abajo, en la amplia plaza y en las aceras, a los dos lados del Sena, distinguía a los transeúntes, una multitud activa de puntos negros, arrastrados por un movimiento de hormiguero; la caja amarilla de un ómnibus lanzaba un destello; los camiones y los fiacres cruzaban el puente, grandes como juguetes de niño, con sus caballos delicados que parecían piezas mecánicas y a lo largo de los taludes cubiertos de césped, entre los demás paseantes, una criada de delantal blanco, manchaba la hierba de luz. Luego, Elena levantó los ojos; pero la multitud se desmigaba y se perdía, los mismos coches se convertían en granos de arena; no quedaba más que el esqueleto gigantesco de la ciudad, como vacía y desierta, viviendo solamente por la sorda trepidación que la agitaba. Allí, en el primer plano, a la izquierda, brillaban los techos rojos; las altas chimeneas de la Manutención humeaban con lentitud, mientras en el otro lado del río, entre la Explanada y el Campo de Marte, un ramillete de grandes olmos formaba un rincón de parque, del que se veían claramente las ramas desnudas, las cimas redondeadas,

salpicadas ya de puntos verdes. En medio, el Sena se ensanchaba y señoreaba, encajonado en sus taludes grises, donde los toneles descargados, las siluetas de las grúas de vapor, y los volquetes alineados, ponían un decorado de puerto de mar. Elena volvía constantemente hacia esa lámina de agua resplandeciente, por donde pasaban las barcas, semejantes a pájaros color de tinta. Invenciblemente, con una larga mirada, remontaba la soberbia corriente. Era como un galón de plata que cortaba París en dos. Esta mañana, el agua se revolcaba en el sol, y en el horizonte no podía haber luz más espléndida. La mirada de la joven encontró primero el puente de los Inválidos, luego el puente de la Concordia, luego el puente Royal; los puentes seguían, parecían acercarse, se superponían, construyendo extraños viaductos de muchos pisos, agujereados con arcos de todas formas; mientras que el río, entre estas construcciones ligeras, mostraba los extremos de su traje azul, cada vez más perdidos y estrechos. Levantó otra vez los ojos; a lo lejos, la corriente se separaba entre la desbandada confusa de las casas; los puentes, a los dos lados de la Cité, parecían hilos tendidos de una orilla a otra; y las torres de Notre-Dame, completamente doradas, se alzaban como los límites del horizonte, más allá de los cuales, el río, las construcciones, los macizos de árboles no eran más que polvo de sol. Entonces, deslumbrada, abandonó este corazón triunfante de París, en el que parecía llamear toda la gloria de la ciudad. En la orilla derecha, en medio del arbolado de los Campos Elíseos, las grandes vidrieras del Palacio de la Industria mostraban sus blancuras de nieve; más lejos, tras la techumbre achatada de la Magdalena, parecida a una losa funeraria, se alzaba la masa enorme de la «Opera»; y seguían otros edificios con sus cúpulas y torres, la columna Vendôme, San Vicente de Paúl, la torre Saint-Jacques, y más cerca, los cubos macizos de los pabellones del nuevo Louvre y de las Tullerías, medio hundidos en un bosque de castaños. En la orilla izquierda, la cúpula de los Inválidos chorreaba dorados; más allá, las dos torres desiguales de San Sulpicio palidecían en la luz; y más atrás todavía, a la derecha, las nuevas agujas de Santa Clotilde, el Panteón azulado, sentado firmemente sobre un altozano, dominando la ciudad, desarrollando en pleno cielo su fina columnata, inmóvil en el aire, con el tono de seda de un globo cautivo. Elena, paseando perezosamente su mirada, abrazaba ahora París entero. Surcábanlo llanuras que se adivinaban por el movimiento de sus tejados; la colina de los molinos subía como un oleaje bullicioso de viejas pizarras, mientras que la línea de los grandes bulevares descendía como un arroyo, en el que se hundía una infinidad de casas de las que no se veían ni siquiera las tejas. A esta hora matutina, el sol oblicuo no iluminaba las fachadas vueltas hacia el Trocadero. Ninguna ventana se iluminaba. Únicamente las claraboyas, por encima de los tejados, lanzaban su brillo, centellas vivas de mica, en el rojo barro cocido circundante. Las casas permanecían grises, de un gris caldeado por los reflejos: pero unos destellos de luz agujereaban los barrios, con sus largas calles que se hundían ante Elena, cortando las sombras con sus rayos de sol. Sólo a la izquierda, las lomas de Montmartre y las alturas del Père-Lachaise rompían con sus gibas el inmenso horizonte llano y romo sin una fractura. Los detalles tan netos en los primeros planos, los innumerables dientes formados por las chimeneas, los pequeños sombreados negros de millares de ventanas, se desvanecían coloreándose de amarillo y azul, confundiendo en una mezcla de ciudad sin fin cuyos arrabales, fuera del alcance de la vista, parecían prolongar unas playas de guijarros sumergidas en una bruma violácea, bajo la gran claridad desparramada y vibrante del cielo. Elena estaba mirando muy seria, cuando Juana entró alegremente. — ¡Mira, mamá, mira! La niña llevaba un gran ramillete de alelíes amarillos. Contó, entre risas que había espiado la vuelta de Rosalía con las provisiones, para buscar en el cesto. Disfrutaba siempre registrándolo. — Mira, mamá... En el fondo había esto... Huele un poco. ¡Qué olor más bueno! Las flores leonadas, atigradas de púrpura, exhalaban un perfume penetrante, que embalsamaba toda la estancia. Entonces, Elena, con un gesto apasionado, atrajo hacia su pecho a Juana, mientras el ramillete de alelíes caía sobre sus rodillas. ¡Amar, amar! Cierto: ella amaba a su niña. ¿Acaso no era ya suficiente, este gran amor que había llenado su vida hasta entonces? Este amor debía bastarle, con su dulzura y su serenidad, con su perennidad que no podía interrumpir ningún cansancio. Y estrechó contra sí más y más a su hija, como para apartar malos pensamientos que amenazaban separarla de ella. Mientras, Juana se abandonaba a aquella dicha inesperada de los besos. Con los ojos húmedos, se acariciaba ella misma frotándose a los hombros de su madre, con un movimiento mimoso de su delicado cuello. Luego le pasó un brazo por la cintura y se quedó allí, muy formalita, con la mejilla apoyada en su seno. Entre ellas se mezclaba el perfume penetrante de los alelíes. No hablaron durante largo rato. Juana, sin moverse, preguntó al fin en voz baja: — Mamá, ¿ves a lo lejos, junto al río, esa cúpula rosa?... ¿Qué es? Era la cúpula del Instituto. Elena miró un instante, pareció reflexionar y dijo dulcemente: — No lo sé, hija mía. La pequeña se conformó con esta respuesta y el silencio prosiguió. Pero muy pronto hizo otra pregunta: — ¿Y allí, ahí cerca, esos bonitos árboles? — repuso mostrando con el dedo una perspectiva del jardín de las Tullerías. — ¿Esos bonitos árboles? — murmuró la madre—. A la izquierda, ¿verdad?... No lo sé, hija mía. — ¡Ah! — dijo Juana; y después de una breve reflexión añadió, con gesto grave—: No sabemos nada. En efecto, no sabían nada de París. Desde hacía dieciocho meses lo tenían bajo los ojos a todas horas y no conocían ni una piedra. Sólo tres veces habían descendido a la ciudad; pero vueltas a

casa, con dolor de cabeza ante tanta agitación, no habían encontrado nada en medio del barullo enorme de las calles. Juana, no obstante, era terca a veces. — ¡Ah!, esto sí que vas a decírmelo —insistió—. Estos cristales blancos... Es algo muy grande, debes saberlo. Y señalaba el Palacio de la Industria. Elena dudaba. —Es una estación... No; creo que se trata de un teatro —dijo. Luego sonrió y besó los cabellos de Juana, repitiendo su respuesta acostumbrada—: No lo sé, hija mía. Entonces siguieron mirando París sin tratar de reconocerlo. Era algo muy agradable eso de tenerlo allí y seguir ignorándolo. Seguía siendo lo infinito y lo desconocido. Era como si ellas se hubiesen detenido en el umbral del mundo, del que disfrutaban el eterno espectáculo, negándose a descender hasta él. A menudo, París las inquietaba, cuando les mandaba su hálito cálido y turbador. Pero aquella mañana tenía una alegría y una inocencia de niño, y su misterio sólo les soplabla a la cara su ternura. Elena cogió de nuevo su libro, mientras Juana, apretada contra ella, seguía mirando. En el cielo resplandeciente e inmóvil, no se levantaba ninguna brisa. Los humos de la Manutención subían completamente rectos en ligeras vedijas que se perdían en lo alto. Y, al ras de las casas, pasaban unas ondas sobre la ciudad, como la vibración de la vida encerrada en ella. La voz sonora de las calles tomaba, bajo el sol, una suavidad feliz. Pero un ruido atrajo la atención de Juana. Era una bandada de palomas blancas, salida de algún palomar vecino y que cruzaba el aire, delante de la ventana; la nieve voladora de sus alas llenaba el horizonte y ocultaba la inmensidad de París. Con los ojos levantados de nuevo y vagos, Elena soñaba profundamente. Era lady Rowena, y amaba con la paz y la profundidad de un alma noble. Aquella mañana de primavera, aquella gran ciudad, tan dulce, aquellos primeros alevines que le perfumaban las rodillas, habían, poco a poco, derretido su corazón. *(universities in twin falls idaho).*

Audiolibro Una P Gina De Amor Mile Zola Primera Parte

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>